

«*Las Moscas.*»

de Jean-Paul Sartre © 1.943

**Traducción: Alfonso Sastre.
Formato: José Javier Torija Rodríguez.**

Personajes:

Orestes	Hijo del difunto rey de Argos, Agamenón.
Electra	Hija de Agamenón y hermana de Orestes.
Júpiter	Dios de la muerte y de las moscas.
Clitemnestra	Reina de Argos.
Egisto	Nuevo rey de Argos.
El Pedagogo	Preceptor de Orestes.
Las Erinias	
El Gran Sacerdote	
Soldados	
Mujeres y Hombres de Argos	

ACTO PRIMERO

Una plaza en Argos. Una estatua de Júpiter, dios de las moscas y de la muerte. Ojos blancos, rostro embadurnado de sangre.

ESCENA 1ª

Unas VIEJAS vestidas de negro entran en procesión y hacen libaciones ante la estatua. Hay un TONTO sentado en el suelo, al fondo.

(Entra ORESTES y el PEDAGOGO. Luego, JÚPITER)

ORESTES.- ¡Eh, buenas mujeres! *(Todas se vuelven, dando un grito)*

PEDAGOGO.- ¿Pueden decirnos, por favor...? *(Ellas escupen al suelo, retrocediendo un paso)* Por favor, señoras. Somos viajeros extraviados. Sólo queremos que nos den una pequeña información. *(Las VIEJAS huyen, dejando caer sus urnas)* ¡Viejas asquerosas! Cualquiera diría que voy detrás de sus encantos. ¡Ay señor, vaya viaje! ¡Qué inspiración la suya! Venir aquí, habiendo más de quinientas capitales, tanto en Grecia como en Italia, con su buen vino, sus hoteles acogedores, calles animadas... Estas palurdas parece que no hubieran visto en su vida a un turista: cien veces he preguntado nuestro camino en esta maldita aldea achicharrada por el sol, y por todas partes los mismos gritos de espanto, las mismas desbandadas y correrías *sin ton ni son* de gentes de negro hasta los ojos, en estas calles que te ciegan de tanta luz.. ¡Qué asco! Calles desiertas, el aire tembloroso, y este sol... ¿Ha visto cosa más siniestra que el sol?

ORESTES.- Aquí es donde yo nací.

PEDAGOGO.- Así parece. Pero, en su lugar, yo no me jactaría de eso.

ORESTES.- Aquí es donde yo nací..., y, sin embargo, tengo que preguntar el camino como un transeúnte cualquiera que va de paso. Llama a esa puerta.

PEDAGOGO.- ¿Qué se cree? ¿Que van a respondernos? Mire un poco las cosas y dígame qué aspecto tienen. ¿Dónde están las ventanas? Dan a patios interiores y oscuros, me imagino, de espaldas a la calle. *(Gesto de ORESTES)* Está bien, voy a llamar; pero sin ninguna esperanza. *(Llama. Silencio. Vuelve a llamar. La puerta se entreabre)*

Una VOZ.- ¿Qué quiere usted?

PEDAGOGO.- Es una simple información. ¿Sabe usted dónde vive...? *(La puerta vuelve a cerrarse bruscamente)* ¡Ande y que le cuelguen! ¿Está contento, señor Orestes? ¿Le basta la experiencia? Si quiere, puedo pegar golpes en todas las puertas que encontremos.

ORESTES.- No, déjalo.

PEDAGOGO.- Pero espere. Hay alguien aquí. *(Se acerca al TONTO)* ¡Señor mío!

TONTO.- Eu.

PEDAGOGO.- *(Nuevo saludo)* ¡Señor mío!

TONTO.- Eu.

PEDAGOGO.- ¿Se dignaría usted indicarnos la casa de Egisto?

TONTO.- Eu.

PEDAGOGO.- De Egisto, el rey de Argos.

TONTO.- Eu, eu.

(JÚPITER pasa por el fondo)

PEDAGOGO.- ¡Mala suerte! El primero que no huye de nosotros es el tonto del pueblo.

(JÚPITER vuelve a pasar)

¡Eh, oiga! Ese tipo nos viene siguiendo.

ORESTES.- ¿Quién?

PEDAGOGO.- El barbudo ese.

ORESTES.- Tú sueñas.

PEDAGOGO.- Acabo de verlo pasar.

ORESTES.- Te habrás equivocado.

PEDAGOGO.- Imposible. En mi vida he visto una barba igual, a no ser una de bronce, que tiene el *Júpiter Ahenobarbus*, en Palermo. Mire, ahora vuelve a pasar. ¿Qué querrá de nosotros?

ORESTES.- Va de viaje, lo mismo: qué va a querer.

PEDAGOGO.- ¡Escuche! Nos lo hemos encontrado en la carretera de Delfos. Y cuando hemos embarcado en Itea, él ya había plantado su barba allí, en el barco. En Nauplia no podíamos dar un paso sin tenerlo pisándonos los talones, y ahora aquí lo tiene. ¿A lo mejor todo eso le parece a usted simples coincidencias? *(Espanta moscas con la mano)* ¡Eh, mire: las moscas de Argos parecen mucho más acogedoras que la gente! Fíjese en esas; pero, ¡fíjese! *(Señala los ojos del TONTO)* Son doce, ahí en el ojo, como si estuvieran en una tarta, y él, embelesado; como si le gustara que le chupen los ojos; y si se fija, le sale como un churrete blanco por las rendijas de los párpados, que parece leche cuajada. *(Espanta las moscas)* ¡Ya está bien, eh, vosotras, ya está bien! Ande, ahora se van para usted. *(Las espanta)* Bueno, seguro que eso le tranquiliza: ¡tanto que se queja de ser un extranjero en su propio país; pues mire: esos bichitos le hacen fiestas, parece como si lo reconocieran! *(Las espanta)* ¡Que haya paz, que haya paz! ¡Menos efusiones! ¿De dónde salen? Hacen más ruido que carracas y están más gordas que libélulas. ¡Qué barbaridad!

JÚPITER.- *(Que se había acercado)* No son más que moscas de carne, un poco gruesas. Hace ya quince años que un fuerte olor a carroña las atrajo a la ciudad. Desde entonces están engordando. Dentro de otros quince años estarán gordas como ranitas. Si no, al tiempo. *(Un silencio)*

PEDAGOGO.- ¿A quién tenemos el honor...?

JÚPITER.- Me llamo Demetrios. Vengo de Atenas.

ORESTES.- Me parece haberlo visto en el barco la quincena pasada.

JÚPITER.- Yo también los he visto a ustedes. (*Gritos horribles en el palacio*)

PEDAGOGO.- ¡Ay, ay! ¿Qué pasa? Todo esto no..., no me llama mucho la atención, y estoy por pensar, querido señor, que lo mejor que podríamos hacer es irnos.

ORESTES.- Cállate.

JÚPITER.- No tienen nada que temer. Es que hoy es la fiesta de difuntos. Esos gritos anuncian el comienzo de la ceremonia.

ORESTES.- Parece usted muy bien informado sobre Argos.

JÚPITER.- Vengo muy a menudo. Me cogió aquí, ¿saben?, el regreso del rey Agamenón, cuando la flota victoriosa de los griegos atracó en la rada de Nauplia. Las velas blancas se podían ver desde lo alto de los muros. (*Espanta las moscas*) Entonces no había moscas aún: Argos no era más que una pequeña capital de provincias que se aburría indolentemente al sol. Yo subí con los demás por los caminos de ronda los días siguientes, y miramos largamente el cortejo real que caminaba por la llanura. En la noche del segundo día, la reina Clitemnestra apareció sobre las murallas acompañada de Egisto, el rey actual. Los vecinos de Argos vieron sus rostros enrojecidos por el sol poniente; los vieron inclinarse sobre las almenas y mirar mucho hacia el mar; y pensaron: «*Aquí va a pasar algo.*» Pero no dijeron nada. Egisto, ustedes deben de saberlo, era el amante de la reina Clitemnestra. Un rufián que, en aquella época, tenía propensión a la melancolía. Parece fatigado, ¿no?

ORESTES.- Es la larga marcha que hemos hecho y el calor. Pero me interesa mucho lo que dice.

JÚPITER.- Agamenón era una buena persona, pero cometió un gran error. Imagínese: no permitía que las ejecuciones se celebraran en público. Una lástima. Una buena ejecución es una cosa que distrae en provincias, y hasta un poco a la gente en cuestión de muertes y otros extremos. Las gentes de aquí no dijeron nada porque estaban aburridas y les apetecía ver una muerte violenta. No dijeron nada, me refiero, cuando vieron aparecer a su rey en las puertas de la ciudad. Y cuando vieron a Clitemnestra tenderle sus bellos brazos perfumados no dijeron nada. En ese momento hubiera bastado una palabra, una sola palabra; pero aquí se callaron, y cada uno de ellos tenía en la cabeza la imagen de un cadáver grande con la cara reventada y sangrienta.

ORESTES.- ¿Y usted? ¿Tampoco dijo nada usted?

JÚPITER.- ¿Le disgusta, muchacho? Me parece muy bien, porque ello prueba sus buenos sentimientos. En efecto, yo tampoco hablé; no soy de aquí y no se trataba de asuntos de mi incumbencia. En cuanto a los vecinos de Argos, al día siguiente, cuando oyeron aullar de dolor al rey en el palacio, siguieron sin decir nada, bajaron los párpados sobre sus ojos en blanco

de placer, y toda la ciudad era como una mujer en celo.

ORESTES.- Y el asesino reina. Y lleva quince años de felicidad. Yo creía que los dioses eran justos.

JÚPITER.- ¡Eh, eh! No incremine tan rápido a los dioses. Entonces qué, ¿es que siempre hay que castigar? ¿No era mejor dar un giro al tumulto en beneficio del orden moral? ¿Eh?

ORESTES.- ¿Y es lo que hicieron?

JÚPITER.- Enviaron las moscas.

PEDAGOGO.- ¿Y qué tienen que ver aquí las moscas?

JÚPITER.- ¡Hombre! Es un símbolo. Pero sobre lo que han hecho, juzguen por este dato: miren esa vieja cucaracha, ahí, correteando con sus patitas negras, apretada a los muros; es una buena muestra de esta fauna negra y chata que hormiguea por todas las rendijas. Me abalanzo sobre el insecto, lo cojo y se lo traigo a ustedes. (*Salta sobre la VIEJA y la trae a primer término*) Miren lo que he pescado. Observen su horror. ¡Uh! ¡Uh! Guiñan los ojos y, sin embargo, todos vosotros estáis acostumbrados a los venablos que lanza el sol al rojo vivo. Miren estos sobresaltos como de un pez prendido en un anzuelo. Dime tú, viejecita: seguro que has perdido docenas de hijos, tan de luto que vas, toda de negro de la cabeza a los pies. Anda, me lo dices y a lo mejor te suelto. ¿Por quién vas de luto?

VIEJA.- Es el traje de Argos.

JÚPITER.- ¿El traje de Argos? Ya comprendo. Es que vas de luto por tu rey, tu rey asesinado.

VIEJA.- ¡Cállese! ¡Por el amor de Dios, cállese!

JÚPITER.- Porque tú eres lo bastante vieja para haberlos oído..., digo aquellos enormes gritos que rondaron toda una mañana por las calles de la ciudad... ¿Qué hiciste tú?

VIEJA.- Mi hombre estaba en el campo. ¿Qué iba a hacer yo? Atranqué la puerta.

JÚPITER.- Sí, y entreabraste la ventana para oírlo mejor, y te pusiste al acecho detrás de los visillos, conteniendo el aliento y con una especie de cosquilleo por dentro. ¿A que sí?

VIEJA.- ¡Calle!

JÚPITER.- Esa noche, en la cama, la has debido de gozar un rato, ¿eh, tú? Menuda fiesta.

VIEJA.- ¡Ah! Señor, fue... una horrible fiesta.

JÚPITER.- Una fiesta de miedo..., de la que no habéis podido enterrar el recuerdo, ¿verdad?

VIEJA.- ¡Señor! ¿Estoy hablando con un muerto?

JÚPITER.- ¡Un muerto! ¡Quita, quita, loca! No te preocupes por lo que yo sea; harás mucho mejor preocupándote de tí misma y tratando de ganar el perdón del cielo... arrepintiéndote.

VIEJA.- ¡Ah! Yo me arrepiento, señor; si usted supiera cómo me arrepiento; y mi hija también se arrepiente; y mi yerno sacrifica una vaca todos los años; y a mi nieto, que va para siete años, lo hemos educado en el arrepentimiento; es bueno como un santo, todo rubio, y ya vive con el sentimiento de su falta original.

JÚPITER.- Está bien; márchate, asco de vieja, y trata de morirte en pleno arrepentimiento. Es tu única posibilidad de salvación. *(La VIEJA huye)* O mucho me equivoco, señores, o aquí se trata de piedad de la buena, a la antigua, sólidamente asentada sobre el terror.

ORESTES.- ¿Qué hombre es usted?

JÚPITER.- ¿Qué importa eso? Hablábamos de los dioses? Y qué, ¿había que fulminar a Egisto? ¿Qué dice a eso?

ORESTES.- Había... ¡Ah! Yo qué sé lo que había que hacer, y, además, me tiene sin cuidado; no soy de aquí. ¿Y Egisto también se arrepiente?

JÚPITER.- ¿Egisto? Mucho me extrañaría. Pero qué importa. Toda una ciudad se arrepiente por él. El arrepentimiento se valora al peso, ¿no comprenden? *(Gritos horribles en el palacio)* ¡Escuchen! Con el fin de que nunca olviden los gritos de agonía de su rey, un vaquero elegido por su fuerte voz aúlla así, todos los aniversarios, en la gran sala del palacio. *(ORESTES hace un gesto de disgusto)* ¡Bah! Eso no es nada. ¿Qué irá usted a decir ahora, cuando suelten a los muertos? Hace quince años, día por día, que Agamenón fue asesinado. ¡Ah! ¡Cuánto ha cambiado desde entonces el ligero pueblo de Argos y qué cerca está ahora de mi corazón!

ORESTES.- ¿De su corazón?

JÚPITER.- ¿Eh? Bueno; deje eso, muchacho. Hablaba para mí. Hubiera debido decir: cerca del corazón de los dioses.

ORESTES.- ¡Ah!, ¿sí? Paredes embadurnadas de sangre, millones de moscas, olor a carnicería, un calor infernal, calles desiertas, un dios con cara de asesinado, larvas aterrizadas que se dan golpes de pecho en el fondo de sus casas, y esos gritos, esos gritos insoportables: ¿es eso lo que le gusta a Júpiter?

JÚPITER.- ¡Ah! No juzgue a los dioses, muchacho; tienen secretos dolorosos. *(Un silencio)*

ORESTES.- Agamenón tenía una hija, creo. Una hija que se llamaba Electra.

JÚPITER.- Sí. Vive aquí, en el palacio de Egisto, que es ese.

ORESTES.- ¡Ah! ¿Es ese el palacio de Egisto? ¿Y qué piensa Electra de todo esto?

JÚPITER.- ¡Bah! Es una niña. Había un hijo también, un tal Orestes. Dicen que ha muerto.

ORESTES.- ¡Muerto! Caramba.

PEDAGOGO.- Claro que sí, señor; usted sabe que murió. Nos lo dijeron en Nauplia, que Egisto había dado la orden de asesinarlo poco después de la muerte de Agamenón.

JÚPITER.- Hay quien supone que está vivo. Que a sus asesinos les dio lástima y lo abandonaron en el bosque. Según eso, lo habrían recogido y educado unos ricos burgueses de Atenas. En cuanto a mí, deseo que haya muerto.

ORESTES.- ¿Por qué, si me permite?

JÚPITER.- Imagínese por un momento que un día se presenta en las puertas de esta ciudad...

ORESTES.- ¿Y?

JÚPITER.- Pues mire: si yo me lo encontrara, entonces le diría..., le diría esto: «*Muchacho...*» Le llamaría así, «*muchacho*», porque es un chico de su edad, poco más o menos, si es que vive. A propósito, señor: ¿me podría decir su nombre?

ORESTES.- Me llamo Filebo y soy de Corinto. Viajo para instruirme con un esclavo que fue mi preceptor.

JÚPITER.- Perfecto. Así que le diría: «*¡Muchacho, márchese! ¿Qué busca usted aquí? ¿Qué quiere? ¿Hacer valer sus derechos? Pero, mire, siendo como es un hombre fuerte, ardiente, sería de seguro un valiente capitán en un ejército batallador; tendría mucho más que hacer que reinando en una ciudad medio muerta, una carroña de ciudad, atormentada por las moscas. Las gentes de aquí son grandes pecadores; pero, mire, han emprendido la vía de arrepentimiento. Déjelos, muchacho, déjelos, respete su dolorosa empresa, aléjese de puntillas. Usted no podría compartir su arrepentimiento, al no haber tenido parte alguna en el crimen, y su impertinente inocencia lo separa de ellos como un foso profundo. Márchese, pues, si es que los quiere perderlos; por poco que los detenga en el camino, que los desvíe, aunque sólo sea un instante, de sus remordimientos, todas sus faltas van a fijarse en ellos como una grasa helada. Tienen mala conciencia, tienen miedo, y el miedo, la mala conciencia, desprenden un aroma delicioso para las narices de los dioses. Sí, son del agrado de los dioses estas pobrecitas almas. ¿Les va a retirar usted el favor divino? ¿Y qué les daría a cambio? Digestiones tranquilas, la paz lúgubre de las provincias y el aburrimiento. ¡Ah!..., el cotidiano aburrimiento de la felicidad. Buen viaje, muchacho, buen viaje; el orden de una ciudad y el orden de las almas son inestables: nada más tocar, se produce una catástrofe. *(Mirándole a los ojos)* Una terrible catástrofe que recaería sobre usted.*»

ORESTES.- ¡Ah!, ¿sí? ¿Es eso lo que le diría? Pues bien: si ese muchacho fuera yo, lo que le respondería es... *(Se miden con la mirada; el PEDAGOGO tose)*

¡Bah! No sé lo que le respondería. Puede que tenga usted razón y, además, no es asunto mío.

JÚPITER.- Afortunadamente. Me gustaría que Orestes fuera tan razonable como usted. En fin, la paz sea con ustedes. Tengo que ir a mis asuntos.

ORESTES.- Vaya usted con Dios.

JÚPITER.- A propósito, si esas moscas les molestan, este es el modo de deshacerse de ellas: miren ahora este enjambre que zumba alrededor de nosotros; pues bien: yo hago un movimiento de muñeca, un gesto con el brazo y digo: «*Abraxas, gala, gala, tsé, tsé.*» Y miren: ruedan por el suelo y se ponen a arrastrarse por la tierra como orugas.

ORESTES.- ¡Por Júpiter!

JÚPITER.- No es nada. Un pequeño juego de sociedad. Soy encantador de moscas en mis ratos perdidos. Buenos días. Volveremos a vernos.

(Sale)

ESCENA 2ª

ORESTES, el PEDAGOGO.

PEDAGOGO.- No se fie. Ese hombre sabe quién es usted.

ORESTES.- ¿Crees que es un hombre?

PEDAGOGO.- ¡Ay señor, que pena me da usted! ¿Qué provecho ha sacado entonces de mis lecciones y de ese escepticismo sonriente que le enseñé? «¿Crees que es un hombre?». ¡Caramba! No hay más que hombres, y ya es bastante con eso. El tal barbudo es un hombre; seguro que un espía de Egisto.

ORESTES.- Deja ahora tu filosofía. Ya me ha hecho bastante daño.

PEDAGOGO.- ¡Daño! A ver si es perjudicar a la gente darle la libertad de espíritu. ¡Ah! Cuánto ha cambiado. Antes yo leía en sus ojos. ¿Me dirá por fin lo que está pensando? ¿Por qué arrastrarme hasta aquí? ¿Qué es lo que quiere hacer?

ORESTES.- ¿Quién te ha dicho que quiero hacer algo? ¡Vamos! Cállate. (Se acerca al palacio) Este es mi palacio. Aquí nació mi padre. Aquí fue donde una puta y su chulo lo asesinaron. También yo he nacido aquí... Tenía casi tres años cuando los guardaespaldas de Egisto me sacaron. Seguramente salimos por esta puerta; uno me llevaba en sus brazos; yo tenía los ojos abiertos como platos y lloraba sin duda... ¡Ah! Ni el menor recuerdo. Lo que veo (por el palacio) es una gran obra muda erguida en su solemnidad provinciana. La veo por primera vez.

PEDAGOGO.- ¿Ningún recuerdo, señor ingrato, cuando yo he consagrado diez años de mi vida a procurárselos? ¿Y todos los viajes que hicimos? ¿Y las ciudades que visitamos? ¿Y el curso de arqueología que yo di para usted solo? ¿Ningún recuerdo? Había, no hace mucho, tantos palacios, santuarios y templos poblando su memoria, que hubiera podido escribir, como el geógrafo Pausanias, una guía de Grecia.

ORESTES.- ¡Palacios! Es verdad. ¡Palacios, columnas, estatuas! ¿Cómo no pesaré yo más, con tantas piedras en la cabeza? ¿Y de los trescientos ochenta y siete escalones del templo de Éfeso no me hablas? Los he subido uno a uno y me acuerdo de todos. El que hacía diecisiete, creo, estaba roto. Sin embargo, un perro, un perro viejo que se calienta acostado cerca del fogón y que se levanta un poco a la entrada de su amo, gimiendo suavemente para saludarle..., un perro tiene más memoria que yo: reconoce a su amo. A su amo. ¿Y yo qué tengo?

PEDAGOGO.- ¿No es nada la cultura, señor? Su cultura es suya, y yo se la he compuesto con amor, como un ramo de flores, combinando los frutos de mi sabiduría con los tesoros de mi experiencia. ¿No le hice leer bien pronto todos los libros para que se familiarizara con la diversidad de las opiniones humanas, y recorrer cien estados, mostrándole en

cada circunstancia lo variables que son las costumbres de los hombres? Ahora mírese: joven, rico y bien parecido, advertido como un viejo, exento de todas las servidumbres y de todas las creencias, sin familia, sin patria, sin religión, sin oficio, libre para todos los compromisos y sabiendo que jamás hay que comprometerse; un hombre superior, en fin, capaz, además, de enseñar filosofía o arquitectura en una gran ciudad universitaria..., y todavía se queja.

ORESTES.- No es verdad; no me quejo. No puedo quejarme; tú me has dejado la libertad de esos hilos que el viento arranca de las telas de araña y que flotan a distancia del suelo; no peso más que un hilo y vivo en el aire. Sé que es una suerte y no te creas que no la aprecio. (Una pausa) Hay hombres que nacen comprometidos; no tienen posibilidad de elegir, los han tirado en un camino, a cuyo término hay un acto que los espera, su acto; ellos van, y sus pies desnudos oprimen fuertemente la tierra y se desuellan en los guijarros. ¿A ti te parece vulgar eso: la alegría de ir a alguna parte? Y hay otros, silenciosos, que sienten el fondo de su corazón el peso de imágenes turbias y terrestres; su vida cambió porque un día, en su infancia, a los cinco, a los siete años... Está bien; ya sé que no son hombres superiores. A los siete años, yo ya sabía que era un exiliado; los olores y los sonidos, el ruido de la lluvia en los tejados, los parpadeos de la luz..., dejaba que se deslizaran por mi cuerpo y que cayeran a mi alrededor; sabía que pertenecían a los demás y que yo no podría convertirlos nunca en mis recuerdos. Porque los recuerdos son platos fuertes para los que poseen las casas, los animales, los criados y los campos. Pero yo... Yo soy libre, a Dios gracias. ¡Ah! ¡Qué libre soy! Y mi alma sólo es... una suprema ausencia. (Se acerca al palacio) Yo habría vivido ahí, sin leer ninguno de tus libros y quizá sin saber leer; es raro que un príncipe sepa leer, ¿verdad? Pero habría entrado y salido diez mil veces por esa puerta y jugado con sus maderas; las habría empujado hasta que crujieran, sin ceder, y mis brazos habrían aprendido su resistencia... Más adelante los habría abierto a escondidas, por la noche, para ir a encontrarme con las chicas. Y todavía después, a mi mayoría de edad, abierta por los esclavos la puerta grande, habría franqueado su umbral a caballo. ¡Mi vieja puerta de madera! Yo sabría encontrar, con los ojos cerrados, tu cerradura. Y este arañazo de ahí abajo a lo mejor te lo habría hecho yo, por torpeza, el primer día que me hubieran dejado una lanza. (Se aparta) Estilo dórico menor, ¿verdad? ¿Y qué me dices de las incrustaciones de oro? He visto las parejas en Dodona: es un buen trabajo. Vamos, voy a darte gusto: este no es mi palacio ni esta es mi puerta. Y no tenemos nada que hacer aquí.

PEDAGOGO.- Eso sí es razonable. ¿Qué hubiera ganado con vivir aquí? Su alma, a estas alturas, estaría aterrizada por un abyecto arrepentimiento.

ORESTES.- (Con violencia) Por lo menos, sería mío. Y este calor que me chamusca el pelo sería mío. Mío el

zumbido de esas moscas. A estas horas, desnudo en una habitación sombría del palacio, observaría por la rendija de un postigo el color rojo de la luz; esperaría el declinar del sol y que subiera del suelo, como un olor, la sombra fresca de una noche de Argos, semejante a otras cien mil y siempre nueva: la sombra de una noche mía.... Vámonos, pedagogo. ¿No comprendes que nos estamos pudriendo aquí en el calor de los otros?

PEDAGOGO.- ¡Ah! Señor, eso me tranquiliza. Estos últimos meses..., para ser exacto, desde que le revelé su nacimiento..., le veía cambiar de día en día y no podía dormir. Me temía que...

ORESTES.- ¿Qué?

PEDAGOGO.- Va a enfadarse si se lo digo.

ORESTES.- No. Dilo.

PEDAGOGO.- Me temía... es inútil haberse ejercitado desde temprana edad en la ironía escéptica; a veces le asaltan a uno ideas tontas...; en fin, me preguntaba si no estaría pensando echar a Egisto y ocupar su puesto.

ORESTES.- (*Lentamente*) ¿Echar a Egisto? (*Una pausa*) Puedes tranquilizarte, hombre; es demasiado tarde. No es que me falten ganas de coger por la barba a ese elemento y arrancarlo del trono de mi padre. Pero, ¿para qué? ¿Qué voy a hacer yo con estas gentes? No he visto nacer a ninguno de sus hijos, ni he asistido a las bodas de sus hijas; no comparto sus remordimientos y no conozco ni uno solo de sus nombres. El barbudo ese tiene mucha razón: un rey debe tener los mismos recuerdos que sus súbditos. Dejémoslos, pues, y vámonos. De puntillas. ¡Ah! Si se tratara de un acto, ¿ves tú?, de un acto que me diera derecho de ciudadanía entre ellos; si pudiera apoderarme, aunque fuera por un crimen, de sus memorias, de su terror y de sus esperanzas, para llenar el vacío de mi corazón, aunque tuviera que matar a mi propia madre...

PEDAGOGO.- ¡Señor!

ORESTES.- Sí. Son sueños. Vamos. Mira a ver si podemos procurarnos caballos y marcharemos hasta Esparta, donde tengo amigos.

(*Entra ELECTRA*)

ESCENA 3ª

Los mismos, ELECTRA.

ELECTRA.- (*Llevando un cubo, se acerca sin verlos a la estatua de Júpiter*) ¡Asqueroso! Mirame lo que quieras; ¡qué!, con tus ojos redondos en esa cara embadurnada de zumo de frambuesa; no me das miedo. Dime: ¿esas ya habrán venido esta mañana, las santas mujeres, las viejas carcamales, todas vestidas de negro. Ya habrán hecho sonar sus zapatones alrededor de ti. Y tú estabas contento, ¿eh, sinvergonzón?, porque te gustan las viejas; cuanto más muertas parecen, más te gustan. Habrán derramado a tus pies sus más preciosos vinos, porque

es tu fiesta, y un tufillo de moho subía de sus faldas hasta tus narices; todavía sientes en ellas las cosquillas de ese perfume delicioso. (*Frotándose con él*) Pues bien: siénteme ahora a mí, siente mi olor de carne fresca. Soy joven, estoy viva; esto debe de causarte horror. Yo también vengo a hacerte mis ofrendas mientras que toda la ciudad está rezando. Mira: aquí tienes mondas de patatas y toda la ceniza del fogón, y viejas piltrafas de carne que hierven de gusanos, y un pedazo de pan sucio que nuestros cerdos no han querido; esto les gustará a tus moscas. Felicidades; hale, que pases feliz fiesta, y ojalá sea la última! Yo no soy lo bastante fuerte para echarte a rodar por tierra. Puedo escupirte a la cara; es todo lo que puedo hacer. Pero ya llegará el que yo espero, con su gran espada. Te mirará divertido, así, con las manos en las caderas y echado un poco para atrás. Y después sacará su sable y te cortará en dos pedazos de arriba abajo, ¡así! Entonces las dos mitades de Júpiter rodarán, una a la izquierda y otra a derecha, y todo el mundo verá que es de madera blanca. Es de madera muy blanca el dios de los muertos. El horror y la sangre sobre el rostro y el verde oscuro de los ojos no son más que un barniz, ¿verdad? Tú sabes que todo es blanco en el interior, blanco como el cuerpo de un niño de teta; tú sabes que un espadazo te cortará limpiamente y que ni siquiera podrás sangrar. ¡Madera blanca! Madera blanca: arde muy bien. (*Se da cuenta de ORESTES*) ¡Ah!

ORESTES.- No tengas miedo.

ELECTRA.- No tengo miedo. Ni una pizca de miedo. ¿Quién eres?

ORESTES.- Un extranjero.

ELECTRA.- Sé bien venido. Todo lo que es extraño a esta ciudad me es grato. ¿Cómo te llamas?

ORESTES.- Filebo, y soy de Corinto.

ELECTRA.- ¡Ah!, ¿de Corinto? A mí me llaman Electra.

ORESTES.- Electra. (*Al PEDAGOGO*) Déjanos.

(*El PEDAGOGO sale*)

ESCENA 4ª

ORESTES, ELECTRA.

ELECTRA.- ¿Por qué me miras así?

ORESTES.- Eres muy guapa. No te pareces a la gente de aquí.

ELECTRA.- ¿Guapa? ¿Estás seguro de que lo soy? ¿Tanto como las chicas de Corinto?

ORESTES.- Sí.

ELECTRA.- Aquí no me lo dicen. No quieren que lo sepa. Pero, además, ¿de qué me sirve? No soy más que una criada.

ORESTES.- ¿Una criada tú?

ELECTRA.- La última de todas. Lavo la ropa del rey y de la reina. Es una ropa muy sucia y llena de porquerías. Toda su ropa interior, las camisas que han envuelto sus cuerpos podridos, la que viste

Clitemnestra cuando el rey comparte su lecho: todo eso tengo que lavarlo yo. Así que cierro los ojos y froto con todas mis fuerzas. Los platos también soy yo la que los lava. Qué, ¿no me crees? Mírame las manos. Hay o no hay en ellas grietas y rajaduras, ¿eh? ¿Qué ojos pones al verlo! ¿Por casualidad tienen aspecto de manos de princesa?

ORESTES.- Pobres manos. No. No tienen aspecto de manos de princesa. Pero, sigue. ¿Qué más te obligan a hacer?

ELECTRA.- Bueno, pues todas las mañanas tengo que vaciar el cubo de la basura. Lo arrastro fuera del palacio y luego..., tú has visto lo que hago con la basura. Ese espantajo de madera es Júpiter, dios de la muerte y de las moscas. El otro día, el gran sacerdote, que venía a hacerle reverencias, tuvo que andar entre tronchos de coliflor, nabos y conchas de mejillones. Creyó volverse loco. Dime: ¿vas a denunciarme?

ORESTES.- No.

ELECTRA.- Denúnciame si quieres; me importa poco. ¿Qué más me pueden hacer? ¿Pegarme? Ya me han pegado. ¿Encerrarme en lo alto de una torre? No sería una mala idea, porque no vería sus caras. Por la noche, imagínate, cuando he terminado mi trabajo, me recompensan: tengo que acercarme a una mujer alta y gruesa, de cabellos teñidos. Tiene los labios abultados y las manos muy blancas, manos de reina, que huelen a miel. Entonces pone sus manos en mis hombros, pega sus labios en mi frente y dice: «*Buenas noches, Electra.*» Todas las noches. Todas las noches siento vivir sobre mi piel esa carne caliente y ávida. Pero yo me mantengo, no he llegado a caerme nunca. Es mi madre, ¿comprendes? Si estuviera en la torre, no me besaría.

ORESTES.- ¿Nunca has pensado huir?

ELECTRA.- No tengo valor para eso; tendría miedo, sola por los caminos.

ORESTES.- ¿No tienes una amiga que pueda acompañarte?

ELECTRA.- No; sólo me tengo a mí. Soy una infección, una peste; la gente de aquí te lo dirá. No tengo amigas.

ORESTES.- ¿Ni siquiera nodriza, una vieja que te haya visto nacer y que te quiera un poco?

ELECTRA.- No, ni siquiera. Pregúntale a mi madre; desalentaba a los más tiernos corazones.

ORESTES.- ¿Y te quedarás aquí toda la vida?

ELECTRA.- (En un grito) ¡No! ¡Toda la vida, no! No, escucha: estoy esperando algo.

ORESTES.- ¿Algo o a alguien?

ELECTRA.- No te lo diré. Mejor que hables tú. Tú eres guapo también. ¿Vas a quedarte mucho?

ORESTES.- Debía salir hoy mismo. Pero ahora...

ELECTRA.- ¿Ahora?

ORESTES.- Ya no sé.

ELECTRA.- ¿Es una ciudad bonita Corinto?

ORESTES.- Muy bonita.

ELECTRA.- ¿Te gusta mucho? ¿Estás orgulloso de ella?

ORESTES.- Sí.

ELECTRA.- Me resultaría raro a mí estar orgullosa de mi ciudad natal. Explicame.

ORESTES.- Pues..., en fin, no sé. No puedo explicártelo.

ELECTRA.- ¿Que no puedes? (Una pausa) ¿Es cierto que hay plazas sombreadas en Corinto? ¿Plazas donde la gente se pasea por las tardes?

ORESTES.- Es cierto.

ELECTRA.- ¿Y todo el mundo sale? ¿Todo el mundo se pasea?

ORESTES.- Todo el mundo.

ELECTRA.- ¿Los chicos y las chicas, todos juntos?

ORESTES.- Sí.

ELECTRA.- ¿Y siempre tienen algo que decirse? ¿Se agradan los unos a los otros? ¿Y se les oye, ya tarde, por la noche, reír juntos?

ORESTES.- Sí.

ELECTRA.- ¿No te parezco tonta? Es que me cuesta tanto imaginar paseos, canciones, risas. Las gentes de aquí están roídas por el miedo. Y yo...

ORESTES.- ¿Tú?

ELECTRA.- Por el odio. ¿Y qué es lo que hacen todo el día las chicas de Corinto?

ORESTES.- Se atavían, y además cantan o tocan el laúd, y además visitan a sus amigas, y por la noche van al baile.

ELECTRA.- ¿No tienen ninguna preocupación?

ORESTES.- Las tienen muy pequeñas.

ELECTRA.- ¡Ah! Escucha: las gentes de Corinto, ¿tienen remordimientos?

ORESTES.- Alguna vez. No es muy frecuente.

ELECTRA.- Entonces, ¿hacen lo que quieren y luego no piensan más en ello?

ORESTES.- Así es.

ELECTRA.- ¿Qué curioso! (Una pausa) Dime aún una cosa: necesito saberlo por razón de alguien..., de una persona a la que espero. Suponte que un chico de Corinto, uno de esos muchachos que ríen por la noche con las chicas, encuentra, a la vuelta de un viaje, a su padre asesinado, a su madre en la cama del asesino y a su hermana en la esclavitud. ¿Qué crees tú? ¿Que se marcharía tranquilamente el muchacho de Corinto? ¿Se iría, reculando y haciendo reverencias, a buscar el consuelo con sus amiguitas? ¿O sacaría su espada y la descargaría sobre el asesino hasta destrozarle la cabeza? (ORESTES confuso. Pausa) ¿No me respondes?

ORESTES.- Yo no sé.

ELECTRA.- ¿Cómo? ¿Que no sabes?

Voz de CLITEMNESTRA.- Electra.

ELECTRA.- Ssss.

ORESTES.- ¿Qué ocurre?

ELECTRA.- Es mi madre, la reina Clitemnestra.

(Entra CLITEMNESTRA)

ESCENA 5ª

ORESTES, ELECTRA, CLITEMNESTRA.

ELECTRA.- ¿Qué ocurre, Filebo? ¿Es que te asusta?
ORESTES.- Esa cara; he intentado cien veces imaginarla, y ya había terminado por verla, cansada y blanda bajo el brillo de los afeites. Pero no me esperaba esos ojos muertos.
CLITEMNESTRA.- Electra, el rey te ordena que te prepares para la ceremonia. Te pondrás el traje negro y las alhajas. ¿Y bien? ¿Qué significan esos ojos bajos? Aprietas los codos contra tus escurridas caderas, el cuerpo te estorba... Muchas veces estás así en mi presencia pero yo no me dejaré conmovir por esos visajes; hace un momento, por la ventana, he visto a otra Electra, de gestos amplios y ojos llenos de fuego... ¿Me mirará a la cara? ¿Me contestarás por fin?
ELECTRA.- ¿Necesitáis a una fregona para realzar el esplendor de la fiesta?
CLITEMNESTRA.- Menos comedias. Tú eres princesa, Electra, y el pueblo te espera como todos los años.
ELECTRA.- ¿De verdad soy princesa? ¿Y os acordáis de ello una vez al año, cuando el pueblo reclama un cuadro de nuestra vida familiar para su edificación? ¡Vaya princesa lavaplatos y guarda de cochinos! ¿Egisto me rodeará los hombros con su brazo, como el año pasado, y sonreirá junto a mi mejilla, murmurando a mi oído palabras de amenaza?
CLITEMNESTRA.- Depende de ti que sea de otro modo.
ELECTRA.- Sí, claro; si me dejas infectar por vuestros remordimientos, y si imploro el perdón de los dioses por un crimen que yo no he cometido. Sí, claro; si beso las manos de Egisto llamándole padre. ¡Puah! Tiene sangre seca debajo de las uñas.
CLITEMNESTRA.- Haz lo que quieras. Hace mucho que he renunciado a darte órdenes en mi nombre. Te he transmitido las del rey.
ELECTRA.- ¿Qué quieres que haga yo con las órdenes de Egisto? Es tu marido, madre, tu muy querido marido y no el mío.
CLITEMNESTRA.- No tengo nada que decirte, Electra. Veo que estás trabajando por tu pérdida y por la nuestra. Pero, ¿cómo voy a aconsejarte yo, que arruiné mi vida en una sola mañana? Tú me odias, hija mía; pero lo que me inquieta más es lo mucho que te pareces a mí; yo también tuve ese rostro agudo, esa sangre inquieta, esos ojos burlones, y nada bueno salió de ahí.
ELECTRA.- ¡Yo no quiero parecerme a ti! Dime, Filebo, tú que nos ves a las dos, una junto a otra: ¿verdad que no es cierto? ¿Que no nos parecemos en nada?
ORESTES.- No sé. Su rostro parece un campo devastado por el rayo y el granizo. Pero en el tuyo hay como una promesa de tormenta; un día la pasión lo va a quemar hasta los huesos.
ELECTRA.- ¿Una promesa de tormenta? Sea. Ese parecido sí lo acepto. Puede que digas la verdad.

CLITEMNESTRA.- ¿Y tú? Tú que te fijas tanto en los demás, ¿quién eres tú? Deja que yo también te mire.
¿Qué haces aquí?
ELECTRA.- Es un corintio que se llama Filebo. Va de viaje.
CLITEMNESTRA.- ¿Filebo? ¡Ah!
ELECTRA.- ¿Temías otro nombre? Lo ha parecido.
CLITEMNESTRA.- ¿Temer? Hija mía, si algo he ganado con perderme, ha sido que ahora ya no puedo temer nada. Acércate, extranjero; bien venido. ¡Qué joven eres! ¿Qué edad tienes?
ORESTES.- Dieciocho años.
CLITEMNESTRA.- ¿Viven aún tus padres?
ORESTES.- Mi padre murió.
CLITEMNESTRA.- ¿Y tu madre? ¿Tendrá mi edad, poco más o menos? ¿No dices nada? Claro, te parecerá más joven que yo, sin duda; seguro que ella puede aún reír y cantar en tu compañía. ¿La quieres mucho? Pero, contéstame. ¿Por qué la has dejado?
ORESTES.- Voy a Esparta a alistarme en las tropas mercenarias.
CLITEMNESTRA.- Los viajeros suelen dar un rodeo de veinte leguas para evitar nuestra ciudad. ¿No te han prevenido? Las gentes del llano nos han puesto en cuarentena. Miran nuestro arrepentimiento como una peste y tienen miedo de contaminarse.
ORESTES.- Ya lo sé.
CLITEMNESTRA.- ¿Te dijeron que un crimen imposible de expiar, cometido hace quince años, nos oprimía?
ORESTES.- Me lo dijeron.
CLITEMNESTRA.- ¿Que la reina Clitemnestra era la más culpable? ¿Que su nombre estaba maldito entre nosotros?
ORESTES.- Me lo dijeron, sí.
CLITEMNESTRA.- ¿Y tú has venido, sin embargo? Extranjero, yo soy la reina Clitemnestra.
ELECTRA.- No te enternescas, Filebo; la reina se divierte con nuestro deporte nacional: el juego de las confesiones públicas. Aquí cada uno grita sus pecados a la cara de todos; y no es nada raro, en los días feriados, ver a algún comerciante, después de haber echado el cierre de su tienda, arrastrarse de rodillas por las calles, frotando con polvo sus cabellos y aullando que es un asesino, un adúltero o un prevaricador. Pero la gente de Argos comienza a estar hastiada; todo el mundo se sabe de memoria los crímenes de los demás; los de la reina en particular ya no divierten a nadie; son crímenes oficiales, crímenes de fundación, por así decirlo. No tengo que decirte su alegría cuando te ha visto, tan joven, tan nuevo e ignorando incluso su nombre. ¡Qué ocasión tan excepcional! Le parece como si se confesara por primera vez.
CLITEMNESTRA.- Cállate. Cualquiera puede escupirme a la cara, llamándome criminal y prostituta. Pero nadie tiene derecho a juzgar mis remordimientos.

ELECTRA.- Tú lo ves, Filebo: es la regla del juego. Las gentes van a implorarte que las condenes. Pero ten mucho cuidado de juzgarlas tan sólo por las faltas que te confiesen; las otras no le importan a nadie, y no les haría ninguna gracia que se las descubrieras.

CLITEMNESTRA.- Hace quince años yo era la mujer más bella de toda Grecia. Mira mi rostro y juzga cuál habrá sido mi sufrimiento. Te lo digo sin disimulos: no es la muerte del viejo chivo lo que yo lamento; cuando lo vi sangrar en la bañera, canté de alegría, bailé. Y todavía hoy, a los quince años, no puedo pensar en ello sin un estremecimiento de placer. Pero yo tenía un hijo, que ahora tendría tu edad. Cuando Egisto se lo entregó a los mercenarios, yo:..

ELECTRA.- También tenías una hija, madre, me parece. Y has hecho de ella una lavaplatos. Pero esa falta no veo que te atormente mucho.

CLITEMNESTRA.- Tú eres joven, Electra, y todavía no has tenido tiempo de hacer mal... Pero paciencia: llegará un día en que arrastres detrás de ti un crimen irreparable. A cada paso crearás alejarte de él, y, sin embargo, siempre te costará el mismo trabajo arrastrarlo. Te volverás y lo verás detrás de ti, fuera de tu alcance, sombrío y puro como un cristal negro. Y ya ni lo comprenderás siquiera, y te dirás: «No fui yo, no fui yo quien lo hizo.» Sin embargo, estará ahí, cien veces renegado, y siempre ahí, tirándote hacia atrás. Y tú sabrás por fin que has comprometido tu vida en una sola jugada de dados, de una vez para siempre, y que ya no te queda otra cosa que hacer que tirar de tu crimen hasta la muerte. Tal es la ley, justa o injusta, del arrepentimiento. Entonces veremos en lo que termina tu juvenil orgullo de hoy.

ELECTRA.- ¿Mi juvenil orgullo? Vamos, es tu perdida juventud lo que lamentas, más todavía que tu crimen; es mi juventud lo que odias, más todavía que mi inocencia.

CLITEMNESTRA.- Lo que yo odio en ti, Electra, es a mí misma. No tu juventud, ¡oh, no!, sino la mía.

ELECTRA.- Pues yo es a ti, y nada más que a ti, a quien odio.

CLITEMNESTRA.- ¡Qué vergüenza! Nos injuriamos como si fuéramos dos mujeres de la misma edad a las que una rivalidad amorosa hubiera enfrentado... Y, sin embargo, yo soy tu madre. No sé quién eres tú, muchacho, ni lo que vienes a hacer entre nosotros, pero tu presencia es nefasta. Electra me detesta y no lo ignoro. Pero hemos guardado silencio durante quince años y nuestras miradas nos traicionaban. Has venido tú, nos has hablado, y míranos, enseñando los dientes y gruñendo como perras. Las leyes de la ciudad nos imponen el deber de ofrecerte hospitalidad, pero, no te lo oculto, deseo que te vayas. En cuanto a ti, hija mía, no te quiero, es verdad. Pero eres mi misma imagen y antes me cortaría la mano derecha que hacerte daño. Demasiado lo sabes y abusas de mi debilidad. Pero no te aconsejo que alces contra Egisto tu cabecita venenosa: él sabe romper,

de un bastonazo, el pescuezo de las víboras. Créeme: haz lo que te ordena o vas a arrepentirte.

ELECTRA.- Puedes decirle al rey que no pienso aparecer en la fiesta. *(En un arranque de energía)* ¿Sabes lo que hacen, Filebo? En lo alto de la ciudad hay una caverna cuyo fondo nunca ha sido encontrado por los chicos; dicen que comunica con los infiernos. El gran sacerdote lo ha hecho tapar con una gran piedra. Pues bien: ¡no te lo vas a creer!, en cada aniversario el pueblo se reúne ante la caverna, los soldados empujan a un lado la piedra que la tapa, y nuestros muertos, según dicen, salen de los infiernos y se extienden por la ciudad. La gente pone sus cubiertos en las mesas, se les ofrecen sillas y camas, se aprieta uno un poco para dejarles sitio en la velada, corren por todas partes y todo es para ellos. Ya adivinarás las lamentaciones de los vivos: «¡Muertecito, muertecito mío, yo no quise ofenderte, perdóname!» Mañana al amanecer, al canto del gallo, todos volverán bajo tierra, se pondrá la roca sobre la entrada de la gruta y se habrá acabado hasta el año que viene. Yo no quiero jugar a eso. Son sus muertos y no los míos.

CLITEMNESTRA.- Si no obedeces de buen grado, el rey ha dado órdenes de que te lleven por la fuerza.

ELECTRA.- ¿Por la fuerza? ¡Ah! ¡Ah! ¿Por la fuerza? Está bien. Querida madre, por favor, da seguridades al rey de mi obediencia. Apareceré en la fiesta, y puesto que el pueblo quiere verme en ella, no quedará decepcionado. En cuanto a ti, Filebo, te ruego que aplaces tu partida y asistas a nuestra fiesta. Puede que encuentres motivos para reírte un poco. Hasta luego; voy a arreglarme.

(Sale)

CLITEMNESTRA.- *(A ORESTES)* Vete. Estoy segura de que sólo nos traes desgracia. No puedes querernos mal; no te hemos hecho nada. Vete. Te lo suplico por tu madre, vete.

(Sale)

ORESTES.- Por mi madre...

(Entra JÚPITER)

ESCENA 6ª

ORESTES, JÚPITER.

JÚPITER.- Su criado me dice que se marchan. Está buscando, sin éxito, unos caballos por toda la ciudad. Pero yo podría procurarles dos jumentos bien enjaezados y a muy buen precio.

ORESTES.- Ya no me voy.

JÚPITER.- *(Lentamente)* ¿Que no se marcha? *(Una pausa. Vivamente)* Entonces no le abandono; es usted mi huésped. Ahí, en la parte baja de la ciudad, hay un hotel bastante bueno, donde podemos alojarnos

juntos. No se arrepentirá de haberme elegido como compañero. Para empezar, «¡abraxas, gala, gala, tsé, tsé!», le quito las moscas. Y, además, un hombre de mi edad puede ser, en algunos casos, un buen consejero: podría ser su padre; me contará su historia. Venga, muchacho, déjese llevar; encuentros como este son a veces más provechosos de lo que uno se supone al principio. Ahí tiene el ejemplo de Telémaco, ya sabe, el hijo del rey Ulises. Un buen día se encontró a un viejo caballero que se llamaba Mentor, el cual se vinculó a su destino y lo siguió por todas partes. ¿Y no sabe usted quién era ese Mentor? Pues era nada menos que... *(Lo arrastra hablándole y cae el...)*

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Una plataforma en la montaña. A la derecha, la caverna. La entrada está cerrada por una gran piedra negra. A la izquierda, gradas que conducen a un templo.

ESCENA 7ª

La muchedumbre; luego, JÚPITER, ORESTES, el PEDAGOGO.

Una MUJER.- *(Se arrodilla ante su hijito)* Ponte bien la túnica. Ya van tres veces que te la coloco. *(Lo cepilla con la mano)* Así. Ya estás limpio. Sé bueno y llora con los demás cuando te digan.

NIÑO.- *(Señalando con el dedo)* ¿Tienen que salir por ahí?

MUJER.- Sí.

NIÑO.- Tengo miedo.

MUJER.- Hay que tener miedo, hijo mío. Terror. Así es como se llega a ser un hombre honrado.

HOMBRE.- Van a tener buen tiempo.

OTRO.- ¡afortunadamente! Porque seguro que todavía son sensibles al calor del sol. El año pasado llovía, y estuvieron... terribles.

El PRIMERO.- Terribles.

SEGUNDO.- ¡Ay!

TERCERO.- Cuando vuelvan a entrar en su agujero y nos dejen otra vez solos, en familia, treparé hasta aquí, miraré esta piedra y me diré: «*Ahora ya tenemos para otro año.*»

CUARTO.- ¿Sí? Pues a mí eso no va a servirme de consuelo. A partir de mañana empezaré a decirme: «*¿Cómo serán el año próximo?*» De año en año se hacen mucho peores.

SEGUNDO.- Cállate, desgraciado. ¿Y si uno de ellos se hubiera infiltrado por alguna hendidura de la roca y estuviera vagando ya entre nosotros?.. Hay muertos que se adelantan a la cita. *(Se miran con inquietud)*

Una JOVEN.- Si por lo menos pudiera empezar en seguida... ¿Qué están haciendo los del palacio? No se dan ninguna prisa. Para mí lo más difícil es esta espera: estamos aquí, removiéndonos bajo un cielo de fuego, sin quitar los ojos de esa piedra negra... ¡Ah! Ellos están ahí, detrás de la roca; esperan como nosotros, contentos de pensar el daño que van a hacernos.

VIEJA.- *(A la joven)* ¡Ya está bien, mala pécora! *(A otros)* Todo el mundo sabe lo que le da miedo a esa. Su hombre murió la primavera pasada y ya va para diez años que le ponía los cuernos.

JOVEN.- Bueno, ¿y qué? Lo confieso, le engañé todo lo que pude; pero le quería y le hacía la vida agradable; nunca se sospechó nada y murió dedicándome una dulce mirada de perro agradecido. Ahora lo sabe todo, le han estropeado su placer, me

odia, sufre. Y dentro de un momento se agarrará a mí, su cuerpo de humo penetrará en mi cuerpo más estrechamente que cualquier viviente lo haya hecho nunca. ¡Ah! Me lo llevaré a mi casa enrollado a mi cuello como una piel. Le he preparado sus buenos platos, dulces de harina, una colación como le gustaba. Pero nada suavizará su rencor; y esta noche..., esta noche estará en mi cama.

HOMBRE.- Tiene razón, caramba. ¿Qué estará haciendo Egisto? ¿En qué estará pensando? Yo no puedo soportar esta espera.

OTRO.- ¡Anda, quéjate! ¿Tú te crees que Egisto tiene menos miedo que nosotros? ¿Querías estar tú en su lugar, di, y pasar veinticuatro horas frente a frente con Agamenón?

JOVEN.- Horrible, horrible espera. Me parece, vosotros, que todos os alejáis lentamente de mí. Todavía no han quitado la piedra y ya cada uno es presa de sus muertos y está solo como una gota de lluvia.

(Entra JÚPITER, ORESTES y el PEDAGOGO)

JÚPITER.- Ven por aquí. Estaremos mejor.

ORESTES.- Entonces, ¿estos son los ciudadanos de Argos, los muy fieles súbditos del rey Agamenón?

PEDAGOGO.- ¡Qué feos son! Fíjese, señor: la tez de cera, los ojos hundidos. Esas gentes están muriéndose de miedo. Es interesante ver el efecto de la superstición. Mírelos con cuidado. Y si todavía necesita una prueba de la excelencia de mi filosofía, considere enseguida mi cara colorada como una manzana.

JÚPITER.- ¡Vaya cara! Unas cuantas amapolas en tus mejillas, buen hombre, no te impedirán ser un poco de basura, como todos esos, a los ojos de Júpiter. Mira: tú apestas y no lo sabes. Mientras que ellos tienen las narices llenas de sus propios olores, es decir, se conocen mejor que tú. *(La muchedumbre grita)*

Un HOMBRE.- *(Subiendo las gradas del templo, se dirige a la gente)* ¿Van a volvernos locos? Unamos nuestras voces, compañeros, y llamemos a Egisto; no podemos tolerar que difiera por más tiempo la ceremonia.

MUCHEDUMBRE.- ¡Egisto! ¡Egisto! ¡Piedad!

Una MUJER.- ¡Ah, sí! ¡Piedad! ¡Piedad! ¿Nadie tendrá piedad de mí? Va a venir con su garganta abierta aquel hombre al que tanto odié; me estrechará en sus brazos invisibles y viscosos, y será mi amante toda la noche, toda la noche. ¡Ah! *(Se desvanece)*

ORESTES.- ¡Qué locuras! Hay que decir a esas gentes...

JÚPITER.- Qué, qué, muchacho, ¿tanto jaleo por una mujer que pone los ojos en blanco? Ya verás a otras.

Un HOMBRE.- *(Arrojándose de rodillas)* ¡Apesto! ¡Apesto! ¡Soy una carroña inmunda! ¡Mirad: las moscas se vienen conmigo como cuervos! ¡Picad,

cavad, agujereadme, moscas vengadoras, meteos por mi carne hasta mi repugnante corazón! He pecado, he pecado mil veces; soy un sumidero, una letrina.

JÚPITER.- Excelente persona.

Otro HOMBRE.- (*Levantándolo*) Ya está bien, ya está bien. Ya lo contarás luego, cuando salgan. (*El hombre queda como idiotizado, resopla, poniendo los ojos en blanco*)

MUCHEDUMBRE.- ¡Egisto! ¡Egisto! Por piedad, ordena que se empiece. Ya no podemos más.

(*EGISTO aparece sobre las gradas del templo. Detrás de él, CLITEMNESTRA y el GRAN SACERDOTE. GUARDIAS*)

ESCENA 8ª

Los mismos, EGISTO, CLITEMNESTRA, el GRAN SACERDOTE, los GUARDIAS.

EGISTO.- ¡Perros! ¿Os atrevéis a quejaros? ¿Ya habéis perdido el recuerdo de vuestra abyección? Por Júpiter que voy a refrescaros la memoria. (*Se vuelve hacia CLITEMNESTRA. Confidencial*) Habrá que empezar sin ella. Pero que se prepare. No le quedarán ganas de volver a hacerlo.

CLITEMNESTRA.- (*También confidencial*) Me había prometido obedecer. Se está arreglando, estoy segura. Se habrá retrasado en el espejo.

EGISTO.- (*A los GUARDIAS*) Que busquen a Electra en el palacio y que la traigan, de grado o por fuerza.

(*Los GUARDIAS salen*)

(*A la gente*) A vuestros sitios. Los hombres, a mi derecha. A mi izquierda, las mujeres y los niños. Está bien. (*Un silencio. EGISTO espera*)

GRAN SACERDOTE.- La gente no puede más.

EGISTO.- Lo sé. Si mis guardias...

(*Los GUARDIAS vuelven*)

Un GUARDIA.- Señor, hemos buscado a la princesa por todas partes. Pero el palacio está desierto.

EGISTO.- Está bien. Mañana arreglaremos este asunto. (*Al GRAN SACERDOTE*) Empieza.

GRAN SACERDOTE.- Quitad la piedra.

MUCHEDUMBRE.- ¡Ah! (*Los GUARDIAS quitan la piedra. El GRAN SACERDOTE avanza hasta la entrada de la caverna*)

GRAN SACERDOTE.- Vosotros, los olvidados, los abandonados, los desencantados; vosotros que os arrastráis en el seno de la tierra, en la oscuridad, como humos de la tierra, y que ya no poseéis otra cosa que vuestro gran despecho; vosotros los muertos, ¡arriba!, ¡arriba! ¡Es vuestra fiesta! Venid, salid del suelo como un enorme vapor de azufre empujado por el viento; subid de las entrañas del mundo, oh muertos cien veces muertos, vosotros a quienes cada

latido de nuestros corazones hace morir de nuevo; os invoco por la cólera, la amargura y el espíritu de venganza; ¡venid a satisfacer vuestro odio sobre los vivientes! Venid, extendeos en espesa bruma por nuestras calles, deslizad vuestras apretadas falanges entre la madre y el hijo y entre los amantes; hacednos lamentar que no hayamos muerto. ¡Arriba, vampiros, larvas, espectros, arpías, terror de nuestras noches! ¡Arriba los soldados que murieron blasfemando; arriba los infortunados, los humillados; arriba los muertos de hambre cuyo grito de agonía fue una maldición! ¡Mirad: los vivientes están ahí, presas vivas y bien cebadas! ¡Arriba, caed sobre ellos en torbellino y roedles hasta los huesos! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! (*Tam-tam. Danza ante la entrada de la caverna, primero lentamente, luego cada vez más de prisa, hasta que cae extenuado*)

EGISTO.- Ya están aquí.

MUCHEDUMBRE.- ¡Horror!

ORESTES.- Esto es demasiado, y voy...

JÚPITER.- (*JÚPITER coge del brazo a ORESTES*) Mirame, muchachito, mirame a la cara. (*Se miran fijamente*) ¡Ajá! Ya has comprendido. Ahora, silencio.

ORESTES.- ¿Quién es usted?

JÚPITER.- Ya lo sabrás. (*EGISTO desciende lentamente las gradas del palacio*)

EGISTO.- Ya están aquí. (*Un silencio*) Ya está aquí Aricio, el esposo al que tú burlaste. Está ahí, pegado a tu cuerpo; te besa. ¡Cómo te estrecha, cómo te quiere, cómo te odia! Ella está ahí, Nicias, ella, tu madre, muerta sin cuidado de nadie, sola. Y tú, Segesto, el usurero, aquí están todos tus deudores infortunados, los que murieron en la miseria y los que se ahorcaron porque los arruinabas. Están aquí, y son ellos, hoy, tus acreedores. Y vosotros, padres, ¡oh tiernos padres!, bajad un poco los ojos, mirad más abajo, hacia los suelos: están ahí, ahí, los niños muertos, y os tienden sus manitas; y todas las alegrías que les negasteis, todos los tormentos a los que los sometisteis, pesan como plomo en sus almitas rencorosas y desoladas.

MUCHEDUMBRE.- ¡Piedad!

EGISTO.- ¡Eso sí! ¡Piedad! ¿No sabéis que los muertos no tienen piedad? Sus agravios son imborrables porque su cuenta está cerrada para siempre. A ver, tú, Nicias: ¿te crees que haciendo buenas obras ahora vas a borrar el mal que hiciste a tu madre? Pero, ¿qué buena obra puede alcanzarla ya? Su alma es un tórrido mediodía sin un soplo de viento; nada se mueve en ella, nada cambia, nada vive; un gran sol descarnado, un sol inmóvil, la consume eternamente. Los muertos *ya no son...*, comprended esta implacable palabra..., *ya no son*, y por eso se han hecho los guardianes incorruptibles de vuestros crímenes.

MUCHEDUMBRE.- ¡Piedad!

EGISTO.- ¿Piedad? ¡Ah pobres actores, hoy tenéis público! ¿No sentís cómo pesan en vuestros rostros y en vuestras manos las miradas de esos millones de

ojos fijos y sin esperanza? Ellos nos ven, nos ven; estamos desnudos ante la asamblea de los muertos. ¡Ah! ¡Ah! Ya no os movéis lo mismo; os quema esa mirada invisible y pura, más inalterable que el recuerdo de una mirada.

MUCHEDUMBRE.- ¡Piedad!

(A partir de ahora se recita a modo de plegaria)

Los HOMBRES.- «Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.»

Las MUJERES.- «Piedad. Estamos rodeadas por vuestros rostros y por objetos que os han pertenecido; vamos de luto eternamente por vosotros y lloramos del alba hasta la noche y de la noche al alba. Pero, por mucho que hagamos, vuestro recuerdo se diluye y se desliza entre nuestros dedos; cada día que pasa palidece un poco y nosotras somos un poco más culpables. Nos abandonáis, nos abandonáis, os escapáis de nosotras como una hemorragia. Sin embargo, por si eso pudiera apaciguar la irritación de vuestras almas, sabed, oh queridos desaparecidos nuestros, que habéis amargado nuestra vida.»

Los HOMBRES.- «Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.»

Los NIÑOS.- «¡Piedad! Hemos nacido sin darnos cuenta, y todos estamos avergonzados de crecer. ¿Cómo íbamos a querer ofenderos? Mirad: apenas se puede decir que vivamos; estamos delgados, pálidos y somos muy pequeños; no hacemos ningún ruido y nos deslizamos sin ni siquiera mover el aire a nuestro alrededor. ¡Y tenemos miedo de vosotros, ¡oh!, sí, un miedo terrible!»

Los HOMBRES.- «Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.»

EGISTO.- ¡Silencio! ¡Paz! ¡Silencio! Si vosotros os lamentáis así, ¿qué he de decir yo, vuestro rey? Porque mi suplicio ha comenzado: el suelo tiembla y el aire se ha oscurecido; el mayor de los muertos va a aparecer: aquel a quien yo maté con mis propias manos, Agamenón.

ORESTES.- (Sacando su espada) ¡Ya está bien! No voy a permitirte que mezcles el nombre de mi padre en esa payasada.

JÚPITER.- (Agarrándole por el cuerpo) ¡Quieto, muchacho, estate quieto!

EGISTO.- (Volviéndose) ¿Quién se atreve?

(ELECTRA ha aparecido en las gradas del templo. Lleva un traje blanco. EGISTO lo advierte)

¡Electra!

MUCHEDUMBRE.- ¡Electra!

ESCENA 9ª

Los mismos, ELECTRA.

EGISTO.- ¿Qué significa ese traje, Electra? Contéstame.

ELECTRA.- Me he puesto el traje más bonito que tengo. ¿No es hoy día de fiesta?

GRAN SACERDOTE.- ¿Vienes a ultrajar a los muertos? Es su fiesta, de sobra lo sabes, y tenías que venir de luto.

ELECTRA.- ¿De luto? ¿Por qué de luto? Yo no tengo miedo de mis muertos, y los vuestros nada me importan.

EGISTO.- Has dicho bien: tus muertos no son nuestros muertos. Miradla aquí, con su traje de prostituta, la nieta de Atreo; de Atreo, el que degolló cobardemente a sus sobrinos. ¿Qué eres tú sino el último vástago de una raza maldita? Yo te he tolerado por piedad en mi palacio, pero ahora reconozco mi falta, porque sigue siendo la vieja sangre podrida de los Átridas la que corre por tus venas, y nos infectarías a todos si yo no pusiera orden en todo esto. Espera un poco, puerca, y verás si yo sé castigarte. No tendrás bastante con tus ojos para llorar.

MUCHEDUMBRE.- ¡Sacrilega!

EGISTO.- ¿Oyes, desgraciada, los rugidos de ese pueblo al que has ofendido? ¿Oyes el nombre que te da? Si yo no estuviera presente para frenar su cólera, te destrozarían aquí mismo.

MUCHEDUMBRE.- ¡Sacrilega!

ELECTRA.- ¿Es un sacrilegio estar alegre? ¿Por qué no están alegres ellos? ¿Quién se lo impide?

EGISTO.- Ella se ríe mientras su padre está ahí muerto, con el rostro lleno de sangre coagulada.

ELECTRA.- ¿Cómo te atreves a hablar de Agamenón? (A las gentes) ¿Está seguro de que no viene por las noches a hablarme a mí al oído? ¿Se imagina qué palabras de amor y de pesar me murmura su voz ronca y quebrada? Me río, es verdad, por primera vez en mi vida; me río, soy feliz. ¿Os figuráis que mi felicidad no alegra el corazón de mi padre? ¡Ah! Si es que está ahí, si ve a su hija vestida de blanco, a su hija reducida por vosotros a la abyecta condición de esclava; si ve que lleva la frente alta y que la desdicha no ha abatido su orgullo, entonces estoy segura de que no piensa en maldecirme; sus ojos brillan en el rostro torturado y sus labios sangrientos intentan sonreír.

La JOVEN.- ¿Y si fuera verdad lo que dice?

VOCES.- No, no; está mintiendo, está loca. Electra, márchate, por favor, o tu impiedad recaerá sobre nosotros.

ELECTRA.- ¿De qué tenéis miedo? Miro alrededor de vosotros y solo veo vuestras sombras. Pero escuchad lo que acabo de descubrir y que seguramente vosotros no sabéis: en Grecia hay ciudades alegres. Ciudades blancas y tranquilas, que se calientan al sol como lagartos. A esta misma hora, bajo este mismo cielo, hay niños que juegan en las plazas de Corinto. Y sus madres no piden perdón por haberlos traído al mundo. Los miran sonriendo, están orgullosas de ellos. ¡Madres de Argos!, ¿comprendéis esto? ¿Podéis comprender aún el orgullo de una mujer que mira a su hijo y piensa: «Yo lo llevé en mi seno»?

EGISTO.- Vas a callarte de una vez o te vas a tragar esas palabras.

VOCES.- *(En la muchedumbre)* ¡Sí, sí! Que se calle. ¡Ya basta, ya basta!

Otras VOCES.- ¡No, dejadla hablar! Dejadla hablar. Es Agamenón quien la inspira.

ELECTRA.- Hace bueno. Por todas partes, en la llanura, hay hombres que levantan la cabeza y dicen: «Hace bueno», y están contentos. ¡Verdugos de vosotros mismos!, ¿habéis olvidado ese humilde contento del campesino que pisa su tierra y dice: «Hoy hace bueno»? Estáis ahí, con los brazos caídos, la cabeza baja, respirando apenas. Vuestros muertos se pegan a vosotros y os quedáis quietos, por temor de zarandearlos al menor gesto. Sería horrible, ¿verdad?, si vuestras manos atravesaran de pronto un vaporcito húmedo: el alma de vuestro padre o la de vuestro abuelo... Pero miradme: extendiendo los brazos, me muevo, me estiro como un hombre que se despierta, ocupo mi sitio al sol, todo mi sitio. Estoy alegre. Y qué, ¿se me desploma el cielo sobre la cabeza? Y bailo, miradlo, bailo, y no siento otra cosa que el viento en mis cabellos. ¿Dónde están los muertos? ¿Creéis que están bailando conmigo, a mi compás?

GRAN SACERDOTE.- Habitantes de Argos, yo os digo que esta mujer es sacrilega. Desgracia para ella y para los que la escucháis.

ELECTRA.- ¡Queridos muertos míos: Ifigenia, mi hermana mayor; Agamenón, mi padre y mi único rey, escuchad mi oración! Si soy sacrilega, si ofendo a vuestros manes dolorosos, haced una señal, haced en seguida una señal, para que yo lo sepa. Pero si aprobáis lo que digo, entonces callaos, queridos, os lo ruego: que no se mueva ni una hoja, ni una brizna de hierba; que ni un solo ruido venga a perturbar mi danza sagrada; porque yo bailo por la alegría, por la paz de los hombres, por la felicidad y por la vida. ¡Oh muertos míos!, reclamo vuestro silencio para que los hombres que me rodean sepan que vuestro corazón está conmigo. *(Baila)*

VOZ.- *(En la muchedumbre)* ¡Está bailando! Miradla, ligera como una llama; está bailando al sol, como la tela agitada de una bandera, ¡y los muertos se callan!

La JOVEN.- Miradla, entra en éxtasis. No, eso no es el rostro de una impía. Egisto, Egisto, tú no dices nada. ¿Por qué no respondes?

EGISTO.- ¿Acaso se discute con una bestia maloliente? ¡Se las destruye! Mi error fue perdonarla entonces; pero es un error reparable, no os preocupéis; voy a aplastarla contra el suelo, y su raza desaparecerá con ella.

MUCHEDUMBRE.- ¡Amenazar no es responder, Egisto! ¿No tienes otra cosa que decirnos?

La JOVEN.- Está bailando, se sonríe, es feliz, y los muertos parecen protegerla. ¡Ah! ¡Muy deseable Electra! ¡Mira, yo también separo mis brazos y ofrezco mi cuerpo al sol!

VOCES.- *(En la muchedumbre)* ¡Los muertos se callan, Egisto! ¡Tú nos mentías!

ORESTES.- ¡Querida Electra!

JÚPITER.- ¡Caramba, voy a terminar con el jaleo que está armando esta chica! *(Extiende el brazo)* «Posidón caribu caribón bulaby.» *(La gran piedra que obstruía la entrada de la caverna rueda con estrépito contra las gradas del templo. ELECTRA deja de bailar)*

MUCHEDUMBRE.- ¡Horror! *(Un largo silencio)*

GRAN SACERDOTE.- ¡Oh, pueblo cobarde y en exceso ligero, los muertos se vengán! ¡Mirad cómo las moscas caen sobre nosotros en densos torbellinos! ¡Habéis escuchado una voz sacrilega y estamos malditos!

MUCHEDUMBRE.- ¡Nosotros no hemos hecho nada, no ha sido culpa nuestra; ella ha venido, nos ha seducido con sus palabras venenosas! ¡Al río la bruja! ¡Al río! ¡A la hoguera!

Una VIEJA.- *(Señalando a la JOVEN)* ¡Y a esta que se bebía sus palabras como si fueran miel, a esta arrancadle los vestidos, desnudadla del todo y dadle latigazos hasta que brote sangre! *(Se apoderan de la JOVEN; otros trepan por las gradas de la escalera y se precipitan hacia ELECTRA)*

EGISTO.- *(Otra vez erguido)* ¡Silencio, perros! Volved a vuestros sitios en orden y dejadme a mí el cuidado del castigo. *(Un silencio)* Qué, ¿habéis visto lo que pasa por no obedecerme? ¿Volveréis a dudar de vuestro señor ahora? Volved a vuestras casas; los muertos os acompañarán; serán vuestros huéspedes todo el día y la noche. Hacedles sitio en la mesa, en el hogar, en el lecho, y tratad de que vuestra ejemplar conducta les haga olvidar lo sucedido. En cuanto a mí, aunque es cierto que vuestras sospechas me han herido, yo os perdono. Pero tú, Electra...

ELECTRA.- Bueno, ¿qué? Me ha salido mal. La próxima vez lo haré mejor.

EGISTO.- No te daré ocasión. Las leyes de la ciudad me prohíben castigar en día de fiesta. Tú lo sabías y has abusado de ello. Pero tú ya no formas parte de la ciudad; quedas expulsada. Te marcharás descalza y sin cosa alguna, con ese traje infame sobre el cuerpo. Como mañana al amanecer estés todavía dentro de nuestros muros, doy orden de que el primero que te encuentre te mate como una oveja sarnosa.

(Sale, seguido de los GUARDIAS. La muchedumbre desfila ante ELECTRA mostrándole el puño cerrado)

JÚPITER.- *(A ORESTES)* ¿Qué tal, señor? ¿Te sientes edificado? O esto es una historia muy moral o mucho me equivoco: los malos han sido castigados y los buenos recompensados. *(Señalando a ELECTRA)* Esta mujer...

ORESTES.- ¡Esta mujer es mi hermana, buen hombre! Vete, que quiero hablar con ella.

JÚPITER.- *(Lo mira un momento; luego se encoge de hombros)* Como quieras.

(Sale seguido por el PEDAGOGO)

ESCENA 10ª

ELECTRA, en las gradas del templo; ORESTES.

ORESTES.- ¡Electra!

ELECTRA.- (*Levanta la cabeza y lo mira*) ¡Ah! ¿Eres tú, Filebo?

ORESTES.- Ya no puedes quedarte en la ciudad, Electra. Estás en peligro.

ELECTRA.- ¿En peligro? ¡Ah, es verdad! Ya habrás visto cómo me ha fallado. Ha sido un poco por tu culpa, ¿sabes? Pero no estoy enfadada contigo.

ORESTES.- ¿Qué he hecho yo?

ELECTRA.- Me has engañado. (*Baja hacia él*) Deja que te vea la cara. Sí, me he dejado prender en tus ojos.

ORESTES.- El tiempo pasa, Electra. Escucha: vamos a huir juntos. Voy a buscar unos caballos y yo te llevaré.

ELECTRA.- No.

ORESTES.- ¿No quieres huir conmigo?

ELECTRA.- No quiero huir.

ORESTES.- Te llevaré a Corinto.

ELECTRA.- (*Riendo*) ¡Ah! Corinto... ¿Tú ves? No lo haces aposta, pero sigues engañándome. ¿Qué voy a hacer yo en Corinto? Tengo que ser razonable. Ayer mismo todavía tenía unos deseos muy modestos: cuando servía la mesa, con los párpados medio cerrados, miraba de reojo a la pareja real, la vieja guapa del rostro muerto, y a él, gordo y pálido, con su boca medio caída y esa barba negra que le va de oreja a oreja como un regimiento de arañas, y soñaba ver algún día un humo, un humito semejante a un poco de aliento en una mañana fría, subir de sus vientres abiertos. Es todo lo que pedía, Filebo, te lo juro. No sé lo que quieres tú, pero sé que no debo creerte; tus ojos no son modestos. ¿Sabes lo que pensaba yo antes de conocerte? Pensaba que el sabio no puede desear nada en la tierra más que devolver un día el mal que le hicieron.

ORESTES.- Electra, si me sigues verás que se pueden desear muchas cosas más sin dejar de ser sabio.

ELECTRA.- No quiero escucharte más; me has hecho mucho daño. Has venido aquí con esos ojos ansiosos en tu cara de chica y me has hecho olvidar mi odio; he abierto las manos y he dejado caer a mis pies mi único tesoro. He querido creer que podría curar a las gentes de aquí por medio de palabras. Ya has visto lo que ha ocurrido: sienten amor por su mal, necesitan una vieja herida familiar, que mantienen cuidadosamente, arañándola con sus uñas sucias. Hay que curarlos con la violencia, porque el mal solo puede ser vencido con otro mal. ¡Adiós, Filebo, márchate! ¡Déjame a mí con mis malos sueños!

ORESTES.- Van a matarte.

ELECTRA.- Hay un santuario por aquí, el templo de Apolo; los criminales se refugian en él a veces, y

mientras se quedan allí, nadie puede tocarles ni un cabello. Me esconderé en él.

ORESTES.- ¿Por qué rechazas así mi ayuda?

ELECTRA.- No eres tú quien tiene que ayudarme. Vendrá otro, que me liberará. (*Una pausa*) Mi hermano no ha muerto, yo lo sé y lo espero.

ORESTES.- ¿Y si no viniera?

ELECTRA.- Vendrá; no puede ser que no venga. Es de nuestra raza, ¿comprendes? Lleva el crimen y la desgracia en la sangre, como yo. Es una especie de gran soldado, con los grandes ojos enrojecidos de nuestro padre, siempre incubando una cólera; sufre mucho, está enredado en su propio destino como esos caballos destripados que se enredan las patas en sus tripas; y ahora, a cualquier movimiento que haga, no puede menos de arrancarse las entrañas. Ha de venir; esta ciudad lo atrae, estoy segura, porque es aquí donde puede hacer el mayor mal, donde puede hacerse a sí mismo el mayor mal. Vendrá, con la cabeza baja, sufriendo y resoplando. Me da miedo: todas las noches lo veo en sueños y me despierto chillando. Pero lo espero y lo quiero mucho. Tengo que quedarme aquí para guiar su cólera, yo, que tengo cabeza; para señalarle con el dedo a los culpables y decirle: «¡Pega, Orestes, pega; esos son!»

ORESTES.- ¿Y si él no fuera como tú te imaginas?

ELECTRA.- ¿Cómo quieres que sea el hijo de Agamenón y Clitemnestra?

ORESTES.- ¿Si estuviera cansado de tanta sangre, habiendo crecido en una ciudad feliz?

ELECTRA.- Entonces le escupiría a la cara y le diría: «Vete, perro, vete con las mujeres, porque no eres más que una mujer. Pero estás calculando mal: eres el nieto de Atreo y no podrás escapar al destino de los Átridas. Has preferido la vergüenza al crimen; allá tú. Pero el Destino vendrá a buscarte a la cama; primero tendrás la vergüenza, y luego cometerás el crimen a pesar de ti mismo!»

ORESTES.- Electra, yo soy Orestes.

ELECTRA.- (*En un grito*) ¡Mientes!

ORESTES.- Por los inmortales antepasados de mi padre Agamenón, te lo juro: soy Orestes. (*Un silencio*) Bueno, ¿que esperas para escupirme a la cara?

ELECTRA.- ¿Cómo voy a poder? (*Lo mira*) Esa frente despejada es la frente de mi hermano. Esos ojos que brillan son los ojos de mi hermano. Orestes... ¡Ah! Yo hubiera preferido que siguieras siendo Filebo y que mi hermano hubiera muerto. (*Timidamente*) ¿Es verdad que has vivido en Corinto?

ORESTES.- No. He sido educado por unos burgueses en Atenas.

ELECTRA.- ¿Qué aspecto tan joven tienes! ¿Has combatido alguna vez? Esa espada que llevas al costado, ¿te ha servido en alguna ocasión?

ORESTES.- Nunca.

ELECTRA.- Yo me sentía menos sola cuando no te conocía aún: esperaba al otro. Sólo pensaba en su fuerza y nunca en mi debilidad. Y ahora, aquí estás: Orestes eras tú. Y te miro y veo que sólo somos dos

huérfanos. *(Una pausa)* Pero te quiero; ¿sabes? Más que lo hubiera querido a él.

ORESTES.- Ven, si me quieres. Huyamos juntos.

ELECTRA.- ¿Huir? ¿Contigo? No. Es aquí donde se juega la suerte de los Átridas, y yo soy una Átrida. Yo no te pido nada. No quiero pedirle ya nada a Filebo. Pero me quedo aquí. *(JÚPITER aparece al fondo del escenario y se oculta para escucharles)*

ORESTES.- Electra, yo soy Orestes..., tu hermano. Yo también soy un Átrida y tu puesto está a mi lado.

ELECTRA.- No. Tú no eres mi hermano y yo no te conozco. Orestes ha muerto; tanto mejor para él... En adelante honraré su memoria con la de mi padre y mi hermana. Pero tú, tú que vienes a reclamar el nombre de Átrida, ¿quién eres tú para considerarte de los nuestros? ¿Te has pasado la vida a la sombra de un crimen? Seguro que has sido un niño tranquilo, de aspecto reflexivo y suave, orgullo de tu padre adoptivo; un niño bien lavado y con los ojos brillantes de confianza... Tenías confianza en las gentes porque te dedicaban grandes sonrisas, a la mesa, en la cama, en la escalera; rodeado siempre de los fieles servidores del hombre...; y en la vida, porque eres rico y tenías muchos juguetes. Debías de pensar a veces que el mundo no estaba tan mal hecho y que era un placer dejarse llevar en él como en un buen baño tibio, suspirando de satisfacción... Yo, a los seis años, ya era sirvienta y desconfiaba de todo. *(Una pausa)* Así que márchate, alma de Dios. Yo no tengo nada que hacer con las almas de Dios; es un cómplice lo que buscaba.

ORESTES.- ¿Crees que voy a dejarte sola? ¿Qué ibas a hacer aquí, habiendo perdido hasta la última esperanza?

ELECTRA.- Eso es cosa mía. Adiós, Filebo.

ORESTES.- ¿Me echas? *(Da algunos pasos y se detiene)* ¿Es culpa mía si yo no soy ese sargento de caballería, hecho una furia, que tú buscabas? Tú le habrías cogido de la mano así, y le habrías dicho: «¡Pega!» A mí, sin embargo, no me has pedido nada. ¿Quién soy entonces yo, Dios mío, para que mi propia hermana me rechace sin siquiera haberme probado?

ELECTRA.- ¡Ah! Filebo, yo no podría nunca cargar con un peso tan grande: tu corazón sin odio.

ORESTES.- *(Abrumado)* Dices bien: sin odio. Sin amor también. A ti habría podido quererte, creo... Habría podido... Pero, ¡claro! Para querer, para odiar hay que entregarse. Es estupendo: el hombre de buena familia, sólidamente plantado en medio de sus bienes, que un buen día se entrega al amor, al odio, y que entrega con él su tierra, su casa y sus recuerdos. Pero yo, ¿quién soy? ¿Qué tengo que dar yo? Apenas existo: de todos los fantasmas que vagan hoy por la ciudad, ninguno es más espectral que yo... He conocido amores fantasmales, vacilantes y diluidos como vapores; pero ignoro las densas pasiones de los vivos. *(Una pausa)* ¡Qué vergüenza! He vuelto a mi ciudad natal y mi hermana se niega a reconocermé.

¿Adónde voy a ir ahora? ¿En qué ciudad tendré que aparecerme?

ELECTRA.- ¿No hay alguna donde te espere una chica de rostro agraciado?

ORESTES.- Nadie me espera. Voy de ciudad en ciudad, extraño a los otros y a mí mismo, y las ciudades se cierran a mi espalda como un agua tranquila. Si ahora me voy de Argos, ¿qué quedará de mí paso sino el amargo desencanto de tu corazón?

ELECTRA.- Tú me has hablado de ciudades felices...

ORESTES.- Ya me preocuparé yo de la felicidad. Lo que quiero son mis recuerdos, mi suelo, mi sitio entre los hombres de Argos. *(Un silencio)* Electra, no me marcharé de aquí.

ELECTRA.- Filebo, vete, te lo suplico; me da pena de ti; vete si me quieres un poco; aquí sólo males pueden sucederte, y tu inocencia haría fracasar mi empresa. Vete.

ORESTES.- No me iré.

ELECTRA.- ¿Y tú crees que te voy a dejar ahí, en tu pureza inoportuna, juez intimidante y mudo de mis actos? ¿Por qué te obstinas? Nadie te necesita aquí.

ORESTES.- Es mi única posibilidad. Electra, tú no puedes negármela. Compréndeme: yo quiero ser un hombre de algún sitio, un hombre entre los hombres. Mira: un esclavo, cuando pasa, cansado y adusto, llevando un gran fardo, arrastrando las piernas y mirándose a los pies, justo a los pies para no caerse, está en su ciudad, como una rama en la enramada, como el árbol en el bosque; Argos está a su alrededor, pesado y cálido, lleno de sí mismo; yo quiero ser ese esclavo, Electra; yo quiero ponerme la ciudad alrededor y envolverme en ella como en una sábana mía. No, no me marcharé.

ELECTRA.- Aunque te quedaras cien años con nosotros, nunca dejarías de ser un extranjero, más solo que un vagabundo en el desierto. Las gentes te mirarán de reojo, entre los párpados medio cerrados, y bajarán la voz cuando tú pases cerca.

ORESTES.- ¿Tan difícil es, entonces, serviros? Mi brazo puede defender la ciudad y tengo oro para socorrer a vuestros pobres.

ELECTRA.- No es capitanes ni almas piadosas que quieren hacer el bien lo que nos falta.

ORESTES.- Entonces... *(Da algunos pasos con la cabeza baja. JÚPITER aparece y lo mira, frotándose las manos. Levantando la cabeza)* ¿Si por lo menos viera claro! ¡Ah Zeus, Zeus, rey del cielo, raramente me he vuelto hacia ti, y no puede decirse que tú me hayas sido muy favorable, pero tú eres testigo de que yo nunca he querido otra cosa que el bien! Ahora estoy cansado; ya no distingo el Bien del Mal y necesito que me indiques el camino. Zeus, ¿de verdad es necesario que el hijo de un rey, echado de su ciudad natal, se resigne santamente al exilio y se largue con la cabeza baja como un perro? ¿Es esa tu voluntad? No puedo creerlo. Y, sin embargo..., sin embargo, tú has prohibido que se derrame sangre... ¡Ah! ¿Quién habla de derramar sangre? Ya no sé lo que digo... Zeus, te

lo imploro: si la resignación y la abyecta humildad son las leyes que tú me impones, manifiéstame tu voluntad por alguna señal, porque ya no veo nada claro.

JÚPITER.- *(Para sí)* ¡Cómo no: a tu servicio! «¡Abraxas, abraxas, tsé-tsé!» *(La luz se difunde alrededor de la piedra)*

ELECTRA.- *(Se echa a reír)* ¡Ahí va! ¡Llueven milagros hoy! Mira, piadoso Filebo, mira lo que se gana consultando a los dioses! *(Le ha dado como un ataque de risa)* Qué gracia con el muchacho..., el piadoso Filebo: «¡Hazme una señal, Zeus, hazme una señal!» Y ahí tienes la luz, que se derrama alrededor de la piedra sagrada. *(Rabiosa)* ¡Vete ya! ¡A Corinto! ¡A Corinto! ¡Vete!

ORESTES.- *(Mirando la piedra)* Entonces..., ¿eso es el Bien? *(Una pausa. Siempre mirando la piedra)* Andarse con cuidado. Con mucho cuidado... Decir siempre: «Perdón» y «Gracias»... ¿Es eso? *(Una pausa. Siempre mirando la piedra)* El Bien. Su Bien... *(Una pausa)* ¡Electra!

ELECTRA.- Vete, vete ya. No decepciones a esa buena nodriza que se inclina sobre ti desde lo alto del Olimpo. *(Se para, cortada)* ¿Qué te pasa?

ORESTES.- *(Con otra voz)* Hay otro camino.

ELECTRA.- *(Espantada)* No seas malo, Filebo. Has pedido órdenes a los dioses. ¡Bueno! Pues ya las conoces.

ORESTES.- ¿Órdenes? ¡Ah, sí!.. ¿Quieres decir: la luz ahí, alrededor de ese gran guijarro? Esa luz no es para mí; y ya nadie puede darme órdenes ahora.

ELECTRA.- Hablas con enigmas.

ORESTES.- ¡De pronto, qué lejos estás de mí! ¡Cómo ha cambiado todo! Había no sé qué alrededor de mí, vivo y caliente. Algo que acaba de morir. ¡Qué vacío está todo!.. ¡Ah! ¡Qué vacío tan inmenso, hasta donde se pierde la vista... *(Da algunos pasos)* La noche cae... ¿No sientes que hace frío? ¿Qué será..., qué será lo que acaba de morir?

ELECTRA.- Filebo...

ORESTES.- Te digo que hay otro camino..., mi camino. ¿Tú no lo ves? Sale de aquí y baja hacia la ciudad. Hay que bajar, ¿comprendes?, bajar hasta vosotros; estáis en el fondo de un agujero..., muy al fondo... *(Avanza hacia ELECTRA)* Tú eres *mi* hermana, Electra, y esta ciudad es *mi* ciudad. ¡*Mi* hermana! *(La coge del brazo)*

ELECTRA.- ¡Déjame! Me haces daño, me das miedo, y no te pertenezco.

ORESTES.- Ya lo sé. Todavía no; soy demasiado ligero. Tengo que lastrarme con un crimen que pese lo suyo y que me haga bajar en barrena hasta el fondo de Argos.

ELECTRA.- ¿Qué vas a emprender?

ORESTES.- Espera. Déjame decir adiós a esta ligereza sin mancha que fue mía. Déjame decir adiós a mi juventud. Hay noches, noches de Corinto o de Atenas, llenas de cantos y de olores, que ya no me pertenecerán nunca más... Mañanas llenas de

esperanza también... ¡Adiós! ¡Adiós! *(Va hacia ELECTRA)* Ven, Electra, mira nuestra ciudad. Ahí está, roja bajo el sol, zumbando de hombres y de moscas, en el obstinado sopor de una tarde de verano; me rechaza con todos sus muros, con todos sus tejados, con todas sus puertas cerradas. Y, sin embargo, está ahí para ser tomada; desde esta mañana lo estoy sintiendo. Y tú también, Electra; y yo voy a tomaros a las dos. Me volveré hacha y cortaré en dos esas obstinadas murallas; abriré el vientre de esas casas beatas, y exhalarán por sus llagas abiertas un olor a comida y a incienso; y me hundiré en el corazón de la ciudad como el hacha que se hunde en el corazón del roble.

ELECTRA.- ¿Cómo has cambiado! ¡Tus ojos ya no brillan..., deslucidos, sombríos! ¡Ay! Eras tan dulce, Filebo. Y de pronto me hablas como el otro me hablaba en sueños.

ORESTES.- Escucha: todos esos que tiemblan en las oscuras habitaciones, rodeados de sus queridos difuntos..., suponte que yo asumo todos sus crímenes. Suponte que yo quiero merecerme el nombre de «*ladrón de remordimientos*» y que instalo en mí mismo todos sus arrepentimientos: el de la mujer que engañó a su marido, el del comerciante que dejó morir a su madre, el del usurero que esquilmo hasta la muerte a sus deudores. Dime: ese día, cuando me encuentre atormentado por remordimientos más numerosos que las moscas de Argos, por todos los remordimientos de la ciudad, ¿no habré adquirido derecho de ciudadanía entre vosotros? ¿O estaré en mi casa, aquí, entre murallas sangrientas, como el carnicero de mandil rojo está en la suya allá en su tienda, entre las vacas sangrantes que acaba de desollar?

ELECTRA.- ¿Quieres expiar por nosotros?

ORESTES.- ¿Expiar? Yo he dicho que instalaré en mí vuestros arrepentimientos, pero no he dicho lo que haré con esos pajarracos chillones; puede que les retuerza el cuello.

ELECTRA.- ¿Cómo vas a poder cargar con nuestros males?

ORESTES.- Vosotros sólo pedís deshaceros de ellos. Son el rey y la reina los que los mantienen a la fuerza en vuestros corazones. *(A partir de este momento ELECTRA no deja de mirar a ORESTES hasta el final de la escena)*

ELECTRA.- El rey y la reina... ¡Filebo!

ORESTES.- Los dioses me son testigos de que yo no quería derramar su sangre. *(Un largo silencio)*

ELECTRA.- Eres demasiado joven, demasiado débil...

ORESTES.- ¿Vas a retroceder ahora? Escóndeme en el palacio, condúceme esta noche hasta la alcoba real y verás si soy tan débil como dices.

ELECTRA.- ¡Orestes!

ORESTES.- ¡Electra! Me has llamado Orestes por primera vez.

ELECTRA.- Sí. En efecto, eres tú. Tú eres Orestes. No te reconozco porque no te esperaba así. Pero este gusto amargo en mi boca, este sabor de fiebre, lo he

sentido mil veces en mis sueños y ahora lo reconozco. Así que has venido, Orestes, y tu decisión está tomada; y heme aquí, como en mis sueños, en el umbral de un acto irreparable, y tengo miedo, también como en mis sueños. ¡Oh momento tan esperado y tan temido! Ahora los momentos van a encadenarse como las ruedecillas de una máquina, y ya no habrá tregua para nosotros hasta que los dos estén tendidos de espaldas con los rostros semejantes a frutas aplastadas. ¡Toda esa sangre! Y eres tú el que va a derramarla, tú que tenías los ojos tan dulces. ¡Ay, nunca más volveré a ver esa dulzura! Ya nunca más veré a Filebo. ¡Orestes, tú eres mi hermano mayor y el señor de nuestra familia! Cógeme en tus brazos, protégame, porque vamos al encuentro de muy grandes sufrimientos. (*ORESTES la rodea con sus brazos. JÚPITER sale de su escondite y se va sigilosamente*)

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

En el Palacio; el salón del trono. Una estatua de Júpiter, terrible, sangrante. Anochece.

ESCENA 11ª

ELECTRA entra primero y hace señas a ORESTES para que entre.

ORESTES.- ¡Vienen! (*Echa mano a la espada*)

ELECTRA.- Son los soldados de la ronda. Ven; nos esconderemos aquí. (*Se esconden detrás del trono*)

ESCENA 12ª

Los mismos, ocultos; dos SOLDADOS.

SOLDADO 1º.- No sé lo que les pasa hoy a las moscas: están como locas.

SOLDADO 2º.- Huelen a los muertos y eso las pone cachondas, ¿sabes? Yo no me atrevo ni a bostezar, de miedo a que se me cuelen por las tragaderas y se pongan a hacer el carrusel en el fondo del gaznate. (*ELECTRA aparece un momento y vuelve a ocultarse*)

Oye: ha crujido algo por ahí, ¿eh?

SOLDADO 1º.- Será Agamenón, que se ha sentado en el trono.

SOLDADO 2º.- ¿Y que su gran culo hace crujir las tablas del asiento? Imposible, compadre, los muertos no pesan.

SOLDADO 1º.- Son los muertos corrientes los que no pesan, hombre. Pero a él, antes de ser un muerto real, le gustaba realmente la buena vida, y pesaba, unos años con otros, sus ciento veinticinco kilos. Sería muy raro que no le quedaran algunas libras al real difunto.

SOLDADO 2º.- Entonces, ¿tú crees que está ahí?

SOLDADO 1º.- ¿Dónde quieres que esté? Si yo fuera un rey muerto y me dieran todos los años un permiso de veinticuatro horas, seguro que vendría a sentarme a mi trono y que me pasaría el día en él, acordándome de las cosas buenas de otros tiempos, sin hacer mal a nadie.

SOLDADO 2º.- Dices eso porque estás vivo. Pero si ya no lo estuvieras, seguro que tendrías tanto vicio como los demás. (*El SOLDADO 1º. le da una bofetada*) ¿Eh? Pero, ¿qué haces?

SOLDADO 1º.- Es por tu bien; mira: he matado siete de un golpe; todo un enjambre.

SOLDADO 2º.- ¿De muertos?

SOLDADO 1º.- No. De moscas. Tengo las manos llenas de sangre. (*Se las restriega en el pantalón*) Me cago en todas las moscas del mundo.

SOLDADO 2º.- Ojalá hubieran nacido todas muertas. Mira todos esos hombres muertos que están por aquí: no dicen ni pío; se las arreglan para no molestar. Con las mosquitas muertas sería lo mismo.

SOLDADO 1º.- Cállate. Si tuviera que pensar que encima hay moscas fantasmas por aquí... es lo que me faltaba...

SOLDADO 2º.- ¿Y por qué no?

SOLDADO 1º.- Pero, ¿tú te das cuenta? La palman por millones, los bichitos esos, cada día que pasa... Si hubieran soltado por la ciudad a todas las que se han muerto desde el verano pasado, habría trescientas sesenta y cinco muertas por cada viva dando vueltas a nuestro alrededor. ¡Puah! El aire estaría azucarado de moscas, comeríamos moscas, respiraríamos moscas, que bajarían en olas viscosas por nuestros bronquios y nuestras tripas... Oye: puede que por eso se respiren en esta habitación estos olores tan raros.

SOLDADO 2º.- ¡Bah! En una sala así, de mil pies cuadrados, bastan unos pocos muertos humanos para que haya esta peste. Dicen que a nuestros muertos les huele mucho el aliento.

SOLDADO 1º.- ¡Hombre! Como que se chupan la sangre unos a otros. (*Se oye otro crujido*)

SOLDADO 2º.- Te digo que aquí pasa algo: el suelo cruje. (*Van a mirar detrás del trono por la derecha; ORESTES y ELECTRA salen por la izquierda, pasan ante las gradas del trono y vuelven a su escondite por la derecha en el momento en que los SOLDADOS salen por la izquierda*)

SOLDADO 1º.- Ya ves que no hay nadie. ¡Es Agamenón, lo que yo te digo, el cabrito de Agamenón! Seguro que está sentado ahí, en esos cojines, tieso como un palo, y nos está mirando; no tiene otra cosa en que emplear su tiempo; mirarnos y nada más.

SOLDADO 2º.- Haríamos mejor rectificando nuestra posición, aunque las moscas nos cosquillearan las narices.

SOLDADO 1º.- Yo preferiría estar en el cuerpo de guardia echando una partidita. Allí los muertos que vuelven son amigotes, pobretones como nosotros. Pero cuando pienso que el difunto rey está ahí, y que cuenta los botones que me faltan de la chaqueta, siento no sé qué, como cuando el general nos pasa revista.

(*Entran EGISTO, CLITEMNESTRA y servidores que llevan luces*)

EGISTO.- Dejados solos.

ESCENA 13ª

EGISTO, CLITEMNESTRA; ORESTES y ELECTRA, ocultos.

CLITEMNESTRA.- ¿Qué te pasa?

EGISTO.- ¿Has visto? Si no llego a meterlos en cintura por el terror, en un santiamén ya se desentendían de sus remordimientos.

CLITEMNESTRA.- ¿Es sólo eso lo que te inquieta? Tú siempre sabrás cómo helarles la sangre cuando sea preciso.

EGISTO.- Puede que sí. Soy muy hábil para estas comedias. *(Pausa)* Siento haberme visto obligado a castigar a Electra.

CLITEMNESTRA.- ¿Porque es mi hija? Te ha parecido bien hacerlo, y a mí me parece bien todo lo que tú haces.

EGISTO.- No lo siento por tí.

CLITEMNESTRA.- Entonces, ¿por quién? Tú nunca has querido a Electra.

EGISTO.- Estoy cansado. Ya hace quince años que mantengo a pulso el remordimiento de todo este pueblo. Quince años ya que me visto como un espantapájaros; y todos estos vestidos han acabado destiñéndose en mi alma.

CLITEMNESTRA.- Pero tú sabes que yo misma...

EGISTO.- Ya sé, ya sé; vas a hablarme de tus propios remordimientos. Pues bien: yo te los envidio, porque ellos..., ¿cómo diría?... porque amueblan tu vida. Yo no tengo ninguno, es verdad, pero nadie en Argos está más triste que yo.

CLITEMNESTRA.- Pero, querido, tú... *(Se acerca a él)*

EGISTO.- ¡Déjame, zorra! ¿No te da vergüenza, delante de él?

CLITEMNESTRA.- ¿Delante de quién? ¿Es que nos mira alguien?

EGISTO.- ¿Quién? El rey. Hemos soltado a los muertos esta mañana.

CLITEMNESTRA.- Por favor... Los muertos están bajo tierra y no pueden molestarnos. ¿Has olvidado que tú mismo inventaste esas fábulas para el pueblo?

EGISTO.- Tienes razón... ¿Y qué? ¿Ves cómo estoy cansado? Déjame ahora; quiero recogerme un poco.

(CLITEMNESTRA sale)

ESCENA 14ª

EGISTO; ORESTES y ELECTRA, ocultos

EGISTO.- ¿Es este, Júpiter, el rey que tú necesitabas para Argos? Yo voy y vengo, sé dar grandes voces, paseo por todas partes mi gran apariencia de cosa terrible, y los que me ven se sienten culpables hasta los tuétanos. Pero soy un caparazón vacío: una bestia se ha comido todo lo de dentro sin que yo me dé cuenta. Ahora me miro a mí mismo y veo que estoy más muerto que Agamenón. ¿He dicho que estaba triste? Es mentira. El desierto, la nada inabismable de las arenas bajo la nada lúcida del cielo, no es ni triste ni alegre... Es siniestra... ¡Ah! ¡Daría mi reino por derramar una lágrima!

(Entra JÚPITER)

ESCENA 15ª

Los mismos, JÚPITER.

JÚPITER.- Quéjate, anda; eres un rey como todos los reyes. Ni más ni menos.

EGISTO.- ¿Quién eres tú? ¿Qué vienes a hacer aquí?

JÚPITER.- ¿No me reconoces?

EGISTO.- Sal de aquí o mando que te apaleen mis guardias. Fuera.

JÚPITER.- ¿Conque no me reconoces? Sin embargo, me has visto antes. Era en sueños. También es verdad que tenía un aspecto más terrible. *(Trueno, relámpagos; JÚPITER adopta una actitud terrible)* ¿Y así?

EGISTO.- ¡Júpiter!

JÚPITER.- Justo. *(Vuelve a la actitud sonriente. Se acerca a la estatua)* ¿Ese soy yo? ¿Es así como me ven, cuando rezan, los habitantes de Argos? Caramba, ¡qué raro que un dios pueda contemplar su imagen cara a cara! *(Una pausa)* ¡Qué feo soy! No creo que me quieran mucho.

EGISTO.- Le temen.

JÚPITER.- ¡Estupendo! Yo no saco nada de ser querido. ¿Y tú me quieres?

EGISTO.- ¿Qué pretende de mí? ¿No he pagado ya bastante?

JÚPITER.- ¡Nunca es bastante!

EGISTO.- No puedo más.

JÚPITER.- ¡No exageres! No marchas nada mal e incluso estás gordo. No te lo reprocho, por otra parte. Es excelente grasa real, amarilla como el sebo de una vela, muy necesaria. Tú estás para vivir aún veinte años.

EGISTO.- ¡Veinte años aún!

JÚPITER.- ¿Deseas morir?

EGISTO.- Sí.

JÚPITER.- Si entrara aquí alguien con la espada desnuda, ¿le ofrecerías tu pecho?

EGISTO.- No lo sé.

JÚPITER.- Escúchame bien: si te dejas degollar como un ternero, serás castigado de manera ejemplar; serás rey del Tártaro para toda la eternidad. Eso es lo que he venido a decirte.

EGISTO.- ¿Intenta matarme alguien?

JÚPITER.- Así parece.

EGISTO.- ¿Electra?

JÚPITER.- Otro también.

EGISTO.- ¿Quién?

JÚPITER.- Orestes.

EGISTO.- ¡Ah! *(Una pausa.)* Bien; si está escrito, ¿qué puedo hacer yo?

JÚPITER.- «¿Qué puedo hacer yo?» *(Cambiando de tono)* Ordena inmediatamente la caza y captura de un muchacho joven que dice llamarse Filebo. Que lo echen con Electra a cualquier mazmorra y te permito que te olvides de ellos. ¡Bueno! ¿Qué esperas? Llama ya a los guardias.

EGISTO.- No.

JÚPITER.- ¿Me harás el favor de decirme las razones de tu negativa?

EGISTO.- Estoy cansado.

JÚPITER.- ¿Por qué te miras los pies? Vuelve hacia mí tus grandes ojos estriados de sangre. Eres noble y bruto como un caballo. Pero tu resistencia no es de las

que a mí me irritan; es la pimienta que hará, dentro de un rato, más deliciosa aún tu sumisión. Porque yo sé que acabarás por ceder.

EGISTO.- Le estoy diciendo que no quiero entrar en sus designios. Ya he hecho demasiado.

JÚPITER.- ¡Valor! ¡Resiste! ¡Resiste! ¡Ah, qué goloso soy de almas como la tuya! Tus ojos despiden relámpagos, cierras los puños y arrojas tu negativa a la cara de Júpiter. Y, sin embargo, poca cabeza, caballito, mal caballito; hace un rato de tiempo que tu corazón ya me ha dicho sí. Así que obedecerás. ¿Tú te crees que yo abandono el Olimpo sin motivo justificado? He querido avisarte de este crimen, porque me apetece impedirlo.

EGISTO.- ¡Avisarme! Es muy extraño.

JÚPITER.- Al contrario, ¿qué cosa más natural? Quiero apartar ese peligro de tu cabeza.

EGISTO.- ¿Quién se lo ha pedido? ¿Y a Agamenón? ¿Lo avisó a él? Y, sin embargo, él quería vivir.

JÚPITER.- ¡Oh naturaleza ingrata, oh desgraciado carácter! Tú me eres más querido que Agamenón, te lo pruebo y te quejas.

EGISTO.- ¿Más querido que Agamenón? ¿Yo? A quien verdaderamente quiere es a Orestes. Toleré que yo me perdiera, me dejó correr directamente a la bañera del rey con el hacha en la mano, y seguramente se relamía allá arriba pensando que el alma del pecador es deliciosa. Pero hoy protege a Orestes contra sí mismo, y a mí, a quien usted empujó a matar al padre, me elige ahora para retener el brazo del hijo. Yo era apto justamente para hacer un asesinato. Pero con él, ¡ah, perdón!, con él hay otros proyectos, sin duda.

JÚPITER.- ¡Qué celos más extraños! Tranquilízate; no, no lo quiero más que a ti. No quiero a nadie.

EGISTO.- Entonces mire lo que ha hecho conmigo, dios injusto. Y contésteme: si ahora impide el crimen que medita Orestes, ¿por qué entonces permitió el mío?

JÚPITER.- No todos los crímenes me disgustan igualmente. Egisto, estamos entre reyes y voy a hablarte francamente: el primer crimen lo cometí yo creando a los hombres mortales. Después de eso, ¿qué podíais hacer vosotros, los asesinos? ¿Dar muerte a vuestras víctimas? Vamos, un poco de formalidad; la llevaban ya dentro; a lo más, acelerabais un poco su desarrollo. ¿Tú sabes lo que hubiera sido de Agamenón si no lo hubieras matado? Tres meses después iba a morir de apoplejía abrazado a una bella esclava. Pero tu crimen me servía.

EGISTO.- ¿Que le servía? ¿Yo lo estoy expiando desde hace quince años, y dice que le servía? ¡Qué horror!

JÚPITER.- Vamos a ver, ¿y qué? Precisamente me sirve porque lo expías; me gustan los crímenes que se pagan. El tuyo siempre me gustó porque era un crimen ciego y sordo, ignorante de sí mismo, antiguo, más parecido a un cataclismo que a una empresa humana. Ni por un momento fui desafiado por ti;

golpeaste en un rapto de rabia y de miedo; y después, una vez desaparecida la fiebre, consideraste tu acto con horror y te negaste a reconocerlo. ¡Qué provecho saqué yo, sin embargo! Por un hombre muerto, otros veinte mil hundidos en el arrepentimiento; ese es el balance. No hice un mal negocio.

EGISTO.- Ya veo lo que ocultan todas esas palabras: que Orestes no tendrá remordimientos.

JÚPITER.- Ni sombra de tal cosa... En estos momentos prepara su plan con método, con la cabeza fría, con modestia. ¿Qué puedo hacer yo con un asesinato sin remordimientos, con un asesinato insolente, con un asesinato apacible, ligero como un vapor en el alma del asesino? ¡Por eso voy a impedirlo! Ah!, odio los crímenes de la nueva generación: son ingratos y estériles como la cizaña. Te mataría como a un pollo, el buen muchacho, y se iría con las manos rojas y la conciencia pura; sería yo el humillado en tu lugar. ¡Vamos! Llama ya a la guardia.

EGISTO.- Ya le he dicho que no. El crimen que se prepara le disgusta demasiado para que no me guste a mí.

JÚPITER.- (*Cambiando de tono*) Egisto, tú eres rey y a tu conciencia de rey me dirijo, porque a ti te gusta reinar.

EGISTO.- ¿Y...?

JÚPITER.- Tú me odias, pero somos un poco parientes; yo te he hecho a mi imagen: un rey es un dios en la tierra, noble y siniestro como un dios.

EGISTO.- ¿Siniestro? ¿Usted?

JÚPITER.- Mirame. (*Un largo silencio*) Te he dicho que estás hecho a mi imagen. Los dos hacemos que reine el orden, tú en Argos y yo en el mundo; y el mismo secreto gravita pesadamente en nuestros corazones.

EGISTO.- Yo no tengo secretos.

JÚPITER.- Sí. El mismo que yo. El secreto doloroso de los dioses y de los reyes: que los hombres son libres. Son libres, Egisto. Tú lo sabes y ellos no lo saben.

EGISTO.- ¡Claro! Si lo supieran, le prenderían fuego a mi palacio por los cuatro costados. Ya llevo quince años que represento la comedia para ocultarles su poder.

JÚPITER.- Ya ves que somos semejantes.

EGISTO.- ¿Semejantes? ¿Por qué ironía un dios puede llamarse semejante mío? Desde que reino, todos mis actos y todas mis palabras apuntan a componer mi imagen; quiero que cada uno de mis súbditos la lleve en sí y que sienta, hasta en la soledad, que mi mirada severa pesa hasta sobre sus más secretos pensamientos. Pero mi primera víctima soy yo mismo; ya no me veo sino como ellos me ven; me asomo al pozo abierto de sus almas y allí está mi imagen, en el fondo; y a mí me repugna y me fascina. Dios Todopoderoso. ¿Qué soy yo sino el miedo que los demás tienen de mí?

JÚPITER.- ¿Quién te crees que soy yo? (*Señalando la estatua*) Yo también tengo mi imagen. ¿Te crees que a mí no me da vértigo? Desde hace cien mil años estoy

en danza ante los hombres. Una lenta y sombría danza... Ellos tienen que mirarme: mientras tienen los ojos fijos en mí, se olvidan de mirarse a sí mismos. Si yo me olvidara un momento, si dejara que su mirada se volviera...

EGISTO.- ¿Qué?

JÚPITER.- Deja. Son cosas mías. Tú estás cansado, Egisto; pero, ¿de qué te quejas? Tú te morirás. Yo no. Mientras que haya hombres en la tierra, me veo condenado a andar en danza ante ellos.

EGISTO.- ¡Lástima! Pero, ¿quién nos ha condenado?

JÚPITER.- Nadie más que nosotros mismos; porque tenemos la misma pasión. A ti te gusta el orden, Egisto.

EGISTO.- El orden. Es verdad. Por el orden seduje a Clitemnestra, por el orden maté a mi rey; yo quería que el orden reinara y que reinara por mí. He vivido sin deseo, sin amor, sin esperanza: he establecido el orden. ¡Oh terrible y divina pasión!

JÚPITER.- ¿Qué otra íbamos a tener? Yo soy dios y tú naciste para rey.

EGISTO.- ¡Lástima!

JÚPITER.- Egisto, criatura y hermano mortal mío, en nombre de ese orden al que los dos servimos, te lo mando: apodérate de Orestes y de su hermana.

EGISTO.- ¿Tan peligrosos son?

JÚPITER.- Orestes sabe que es libre.

EGISTO.- (Vivamente) Sabe que es libre. Entonces no basta con cargarlo de hierros. Un hombre libre en una ciudad es como una oveja tiñosa en un rebaño. Va a contaminar todo mi reino y a arruinar mi obra. Dios Todopoderoso, ¿qué esperas para fulminarlo?

JÚPITER.- (Lentamente) ¿Para fulminarlo? (Una pausa. Cansado y encogido) Egisto, los dioses tienen otro secreto...

EGISTO.- ¿Qué vas a decirme?

JÚPITER.- Cuando la libertad estalla en el alma de un hombre, los dioses ya no pueden nada contra él. Porque es cosa de hombres y corresponde a los demás hombres, y sólo a ellos, dejarle hacer o estrangularlo.

EGISTO.- (Mirándole) ¿Estrangularlo? Está bien. Voy a obedecerte. Pero no digas nada más y no te quedas aquí ni un momento; no podría soportarlo.

(JÚPITER sale)

ESCENA 16ª

EGISTO queda solo un momento; después, ELECTRA y ORESTES.

ELECTRA.- (Lanzándose a la puerta) ¡Pégale ahora! No le des tiempo a gritar. Yo atranco la puerta.

EGISTO.- ¿Eres tú, Orestes?

ORESTES.- ¡Defiéndete!

EGISTO.- No, no me defenderé. Es demasiado tarde para llamar y me alegro de que sea demasiado tarde. Pero no me defenderé; quiero que me asesines.

ORESTES.- Está bien. El medio me importa poco. Seré un asesino. (Le ataca con su espada)

EGISTO.- (Vacilando) Me has acertado bien. (Se agarra a ORESTES) Deja que te mire. ¿Es verdad que no tienes remordimientos?

ORESTES.- ¿Remordimientos? ¿Por qué? Hago lo que es justo.

EGISTO.- Lo justo es lo que quiere Júpiter. Tú estabas escondido y lo has escuchado.

ORESTES.- ¿Qué me importa a mí Júpiter? La justicia es cosa de hombres, y yo no necesito que venga un dios a enseñármela. Es justo acabar contigo, inmundo bribón, y arruinar tu imperio sobre las gentes de Argos; es justo devolverles el sentimiento de su dignidad. (Le rechaza)

EGISTO.- Sufro mucho.

ELECTRA.- Va como cojo y su cara está descolorida. ¡Qué horror! Es una cosa fea un hombre moribundo.

ORESTES.- Cállate. Que no se lleve otros recuerdos a la tumba que el de nuestra alegría.

EGISTO.- Malditos seáis los dos.

ORESTES.- ¿No vas a terminar de morirme? (Le ataca de nuevo. EGISTO cae)

EGISTO.- Cuidado con las moscas, Orestes, cuidado con las moscas. No todo ha terminado. (Muere)

ORESTES.- (Empujándolo con el pie) En cualquier caso, para él sí que ha terminado todo. Ahora llévame a la cámara de la reina.

ELECTRA.- Orestes...

ORESTES.- ¿Qué pasa?

ELECTRA.- Ella ya no puede perjudicarnos.

ORESTES.- ¿Y qué? No te reconozco. No hablabas así hace un momento.

ELECTRA.- Orestes..., yo tampoco te reconozco a ti.

ORESTES.- Está bien; iré yo solo.

(Sale)

ESCENA 17ª

ELECTRA, sola.

ELECTRA.- ¿Gritará? (Una pausa. Escucha) Se está acercando por el pasillo. Cuando haya abierto la cuarta puerta... ¡Ah! ¡Yo lo he querido! Yo lo quiero, tengo que seguir queriéndolo. (Mira a EGISTO) Éste está muerto. Entonces era esto lo que yo quería... No me daba cuenta bien. (Se acerca a él) Cien veces lo he visto en sueños, tendido en este mismo lugar, con una espada en el corazón. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. ¡Cómo lo odiaba y qué feliz me sentía odiándolo! Pero ahora no parece dormido y sus ojos están abiertos; me está mirando. Ha muerto, y mi odio con él. Y estoy aquí, y espero; y la otra está viva aún, al fondo de su cámara, y en seguida se va a poner a chillar como una bestia. ¡Ah, no puedo soportar más esa mirada! (Se arrodilla y echa una prenda. sobre el rostro de EGISTO) Entonces, ¿qué es lo que yo quería? (Silencio. En seguida, gritos de CLITEMNESTRA) Ya lo está haciendo. Es nuestra madre y la está matando. (Se levanta) Bueno, ya está: mis enemigos han muerto. Durante años he gozado esta muerte de antemano y

ahora siento mi corazón en un puño. ¿Qué pasa? ¿Me he estado mintiendo durante quince años? ¡No, no es verdad! ¡No es verdad! No puede ser verdad: yo no soy cobarde. Este momento de ahora lo he querido y todavía lo quiero. He querido ver a este puerco inmundo tumbado aquí, a mis pies. (*Arranca la prenda*) ¡Qué me importa tu mirada de pescado muerto! Yo la he querido así, ¡esa mirada!, y me alegro de verla. (*Gritos más débiles de CLITEMNESTRA*) ¡Que grite! ¡Que grite! Yo los quiero, esos gritos de horror, y quiero sus sufrimientos. (*Los gritos cesan*) ¡Alegría! ¡Alegría! Estoy llorando de alegría: mis enemigos han muerto y mi padre está vengado.

(*ORESTES vuelve, con una espada ensangrentada en la mano. Ella corre hacia él*)

ESCENA 18ª

ELECTRA, ORESTES.

ELECTRA.- ¡Orestes! (*Se echa en sus brazos*)

ORESTES.- ¿De qué tienes miedo?

ELECTRA.- No tengo miedo, estoy borracha. Borracha de alegría. ¿Qué te ha dicho? ¿Ha implorado mucho su perdón?

ORESTES.- Electra, no voy a arrepentirme de lo que he hecho, pero no me parece bien hablar de ello; hay recuerdos que no se comparten. Conténtate con saber que ha muerto.

ELECTRA.- ¿Maldiciéndonos? Dime eso sólo: ¿maldiciéndonos?

ORESTES.- Sí. Maldiciéndonos.

ELECTRA.- Cógeme en tus brazos, querido mío, y estréchame con todas tus fuerzas. ¡Qué oscura está la noche y cómo les cuesta iluminarla a las antorchas! ¿Me quieres tú?

ORESTES.- No es de noche; está amaneciendo. Somos libres, Electra. Me parece como si te hubiera hecho nacer y acabara de nacer yo contigo; yo te quiero y tú me perteneces. Hasta ayer mismo estaba solo y hoy me perteneces. La sangre nos une doblemente, porque somos de la misma sangre y hemos derramado sangre.

ELECTRA.- Tira la espada. Dame esa mano. (*Le coge una mano y se la besa*) Tienes los dedos cortos y cuadrados. Están hechos para agarrar y para tener. ¡Querida mano! Es más blanca que la mía. ¡Y qué fuerte se ha hecho para matar a los asesinos de nuestro padre! Espera. (*Va a buscar una antorcha y se la acerca a ORESTES*) Tengo que iluminar tu cara, porque la noche se hace cada vez más oscura y no puedo verte bien. Siento necesidad de verte; cuando ya no te veo, tengo miedo de ti; no puedo quitarte los ojos de encima. Te quiero. Tengo que pensar que te quiero. ¿Qué aspecto tan extraño tienes!

ORESTES.- Soy libre, Electra; la libertad me ha caído encima como un rayo.

ELECTRA.- ¿Libre? Yo no me siento libre. ¿Puedes hacer que todo esto no haya ocurrido? Algo ha sucedido y nosotros ya no somos libres de deshacerlo. ¿Puedes impedir que nosotros seamos para siempre los asesinos de nuestra madre?

ORESTES.- ¿Crees que yo quisiera impedirlo? Yo he hecho *mi* acto, Electra, y este acto era bueno. Lo llevaré a hombros como un barquero lleva a la gente de un lado al otro; lo pasaré a la otra orilla y allí rendiré cuentas. Y cuanto más pesado sea de llevar, más me alegraré, porque él es mi libertad. Hasta ayer mismo yo iba al azar por esos mundos, y millares de caminos huían bajo mis pasos porque pertenecían a otros. Yo los utilizaba todos, el de los sirgadores que corren a lo largo del río, el camino de herradura y la carretera empedrada de los arrieros; pero ninguno era el mío. Hoy ya no queda más que un camino, y Dios sabe adónde conduce; pero es *mi* camino. ¿Qué te pasa?

ELECTRA.- No alcanzo a verte ya... Estas lámparas no alumbran nada... Oigo tu voz, pero me hace daño, me corta como un cuchillo. ¿Va a ser siempre así, tan oscuro, hasta siendo de día? ¡Orestes! ¡Míralas!

ORESTES.- ¿Quiénes?

ELECTRA.- ¡Míralas! ¿De dónde vienen? Cuelgan del techo como racimos de uvas negras, y son ellas las que ennegrecen los muros; se interponen entre las luces y mis ojos, y son sus sombras las que me hurtan tu cara.

ORESTES.- Las moscas...

ELECTRA.- ¡Escucha! Escucha el ruido de sus alas; parece el zumbido de una fragna. Nos rodean, Orestes. Nos acechan; en seguida caerán sobre nosotros, y yo sentiré mil patas pegajosas en mi cuerpo. ¿Adónde huir, Orestes? Ellas engordan, se hinchan; míralas ya gruesas como abejas; nos seguirán a todas partes en densos remolinos. ¡Horror! Veo sus ojos, sus millones de ojos, que nos miran.

ORESTES.- ¿Qué nos importan?

ELECTRA.- Son las erinias, Orestes, las diosas de los remordimientos.

VOCES.- (*Detrás de la puerta*) ¡Abrid! ¡Abrid! Si no abren, hay que hundir la puerta. (*Golpes sordos en la puerta*)

ORESTES.- Los gritos de Clitemnestra han atraído a los guardias. ¡Ven! Llévame al santuario de Apolo; pasaremos allí la noche, a cubierto de los hombres y de las moscas. Mañana hablaré a mi pueblo. ¡Ven!

TELÓN.

ACTO TERCERO

El templo de Apolo. Penumbra. Una estatua de Apolo en medio de la escena.

ESCENA 19ª

ELECTRA, ORESTES y las ERINIAS.

(ELECTRA y ORESTES duermen al pie de la estatua, encogidos. Las ERINIAS, en círculo, los rodean; ellas duermen en pie, como aves zancudas. Al fondo, una pesada puerta de bronce)

ERINIA 1ª.- *(Estirándose)* ¡Aaaah! He dormido en pie, erizada de cólera, y he tenido tremendos, coléricos sueños. ¡Oh bella flor de la rabia, bella flor roja en mi corazón! *(Da vueltas alrededor de ORESTES y ELECTRA)* Están durmiendo. ¡Qué blancos son y qué suaves! Voy a batirles el vientre y el pecho como un torrente sobre los guijarros. Puliré pacientemente esa carne fina, la frotaré, la rasparé, la gastaré hasta los huesos. *(Da algunos pasos)* ¡Oh, pura mañana de odio! Qué espléndido despertar: duermen, están húmedos, huelen a fiebre; yo velo, fresca y dura; mi alma es de cuero, y me siento sagrada.

ELECTRA.- *(Dormida)* ¡Ay!

ERINIA 1ª.- Gime. Paciencia, pronto vas a conocer nuestras mordeduras; te haremos aullar bajo nuestras caricias. Entraré en ti como el macho en la hembra, porque tú eres mi esposa, y sentirás el peso de mi amor. Eres bella, Electra, más bella que yo; pero, ya verás, mis besos hacen envejecer; antes de seis meses te convertiré en una vieja cascada y yo seguiré siendo joven. *(Se inclina sobre ellos)* Son bellas presas perecederas y apetitosas para comer; las miro, respiro su aliento y la cólera me ahoga. ¡Oh delicias de sentirse una mañanita de odio, delicias de sentir las garras y las mandíbulas con fuego en las venas! El odio me inunda y me sofoca, sube a mis pechos como leche. Despertaos, hermanas, despertaos; ya es la mañana.

ERINIA 2ª.- Soñaba que les mordía.

ERINIA 1ª.- Ten paciencia; un dios los protege hoy, pero pronto la sed y el hambre los echarán de este asilo. Entonces podrás triturarlos con tus dientes.

ERINIA 3ª.- ¡Aaaaah! Tengo que arañar.

ERINIA 1ª.- Espera un poco; pronto tus uñas de hierro trazarán mil senderos rojos en la carne de los culpables. Acercaos, hermanas, venid a verlos.

ERINIA 3ª.- ¡Qué jóvenes son! .

ERINIA 2ª.- ¡Qué bellos!, ¿verdad?

ERINIA 1ª.- Alegraos; demasiadas veces los criminales son viejos y feos; pocas veces se da la exquisita alegría de destruir lo bello.

Las ERINIAS.- «¡Eiá! ¡Eiá!»

ERINIA 3ª.- Orestes es casi un niño. Mi odio tendrá para él dulzuras maternales. Haré reposar en mis rodillas su cabeza, le acariciaré el pelo.

ERINIA 1ª.- ¿Y luego?

ERINIA 3ª.- Luego, de un golpe le meteré los dedos en los ojos. *(Todas rien)*

ERINIA 1ª.- Suspiran, se agitan; su despertar está próximo. Vamos, hermanas, hermanas moscas, saquemos a los culpables del sueño con nuestro canto. CORO DE ERINIAS.-

Bzz, bzz, bzz, bzz.

Nos posaremos en tu podrido corazón
como moscas en un pastel.

Corazón podrido, rezumante de sangre, delicioso.
Sacaremos como abejas el pus de tu corazón.

Del cual haremos miel, ya verás,
hermosa y verde miel.

¿Qué amor nos llenaría tanto como el odio?

Bzz, bzz, bzz, bzz.

Seremos los ojos fijos de las casas.

El gruñido del perro que enseña los dientes a tu paso.

El zumbido en el cielo sobre tu cabeza.

Los ruidos del bosque.

Los silbidos, los crujidos, los bisbiseos.

Los aullidos.

Seremos la noche.

La espesa noche de tu alma.

Bzz, bzz, bzz, bzz.

«¡Ejá! ¡Ejá! ¡Eiá!»

Bzz, bzz, bzz, bzz.

Somos las moscas chupadoras de pus.

Lo compartiremos todo contigo.

Buscaremos el alimento en tu boca
y el rayo de luz en el fondo de tus ojos.

Te escoltaremos hasta la tumba.

Y sólo cederemos el sitio a los gusanos.

Bzz, bzz, bzz, bzz.

(Danzan)

ELECTRA.- *(Que se despierta)* ¿Quién habla?
¿Quiénes sois?

Las ERINIAS.- **Bzz, bzz, bzz.**

ELECTRA.- ¡Ah, sois vosotras! Así, pues..., ¿los hemos matado de verdad?

ORESTES.- *(Despertándose)* ¡Electra!

ELECTRA.- ¿Y tú quién eres? ¡Ah! Eres Orestes. Márchate.

ORESTES.- ¿Qué te pasa ahora?

ELECTRA.- Me das miedo. He soñado que nuestra madre había caído boca arriba, y que sangraba, y que su sangre corría en regueros por debajo de todas las puertas del palacio. Tócame las manos; están frías. No, déjame. No me toques. ¿Ha sangrado mucho?

ORESTES.- Cállate.

ELECTRA.- *(Despertándose del todo)* Deja que te mire. Tú los has matado. Sí, los has matado tú. Estás aquí, acabas de despertarte; no se lee nada en tu rostro y, sin embargo, los has matado tú.

ORESTES.- ¿Y qué? ¡Sí, yo los he matado! (*Una pausa*) También tú me das miedo. Estabas tan bonita ayer... Parece como si un animal salvaje te hubiera destrozado el rostro con sus garras.

ELECTRA.- ¿Un animal salvaje? Sí, tu crimen. Me arranca las mejillas y los párpados; me parece que mis ojos y mis dientes están desnudos. ¿Y éstas? ¿Quiénes son?

ORESTES.- No pienses en ellas. No pueden nada contra ti.

ERINIA 1ª.- Que venga aquí con nosotras si se atreve y verás si no podemos nada contra ella.

ORESTES.- Silencio, perras rabiosas. ¡A la madriguera! (*Las ERINIAS gruñen*) La que ayer, vestida de blanco, bailaba en las gradas del templo, ¿es posible que fueras tú?

ELECTRA.- He envejecido. En una noche.

ORESTES.- Eres bonita aún, pero... ¿Dónde he visto antes esos ojos muertos? Electra..., te le pareces; te pareces a Clitemnestra. ¿Merecía la pena matarla? Cuando miro mi crimen en esos ojos, me da horror.

ERINIA 1ª.- Es que ella siente horror de ti.

ORESTES.- ¿Es verdad eso? ¿Es verdad que yo te doy horror?

ELECTRA.- Déjame.

ERINIA 1ª.- ¿Qué te parece? ¿Te queda la menor duda? ¿Cómo no iba a odiarte, dime? Vivía tranquila con sus sueños, y has venido tú, trayendo la matanza y el sacrilegio. Y ahí la tienes, compartiendo tu falta y clavada en ese pedestal, el único pedazo de tierra que le queda.

ORESTES.- No la escuches.

ERINIA 1ª.- ¡Atrás! ¡Atrás! Échalo, Electra; no dejes que te toque con sus manos. ¡Es un carnicero! Lleva encima ese insípido sabor de la sangre fresca. Ha matado a la vieja muy suciamente, ¿sabes?, rematándola varias veces.

ELECTRA.- ¿No me mientes?

ERINIA 1ª.- Puedes creerme; yo estaba allí, revoloteando alrededor de ellos.

ELECTRA.- ¿Varias veces?

ERINIA 1ª.- Más de una docena. Y cada vez, la espada hacía *cric* en la herida. Ella se protegía la cara y el vientre con las manos y él se las ha acuchillado sin piedad.

ELECTRA.- ¿Ha sufrido mucho? ¿No ha muerto en seguida?

ORESTES.- No las mires más; tápate los oídos y sobre todo, no les preguntes; estás perdida si les preguntas.

ERINIA 1ª.- Ha sufrido horriblemente.

ELECTRA.- (*Cubriéndose la cara con las manos*) ¡Ah!

ORESTES.- Intentan separarnos; levantan alrededor tuyo los muros de la soledad. Ten cuidado: cuando te encuentres sola, muy sola y sin recursos, se lanzarán sobre ti. Electra, hemos decidido este asesinato juntos y tenemos que soportar las consecuencias juntos.

ELECTRA.- ¿Pretendes decir que yo lo he querido?

ORESTES.- ¿Y no es verdad?

ELECTRA.- No, no es verdad. Espera... ¡Sí! ¡Ah! Yo no sé ya... He soñado ese crimen. Pero tú..., tú lo has cometido, verdugo de tu propia madre.

Las ERINIAS.- (*Riendo y gritando*) ¡Verdugo! ¡Verdugo! ¡Carnicero!

ORESTES.- Electra, detrás de esa puerta está el mundo. El mundo y la mañana. Fuera, el sol se alza sobre los caminos. Pronto saldremos, nos marcharemos por los caminos soleados, y esos engendros de la noche perderán su poder; los rayos de la luz los traspasarán como espadas.

ELECTRA.- El sol...

ERINIA 1ª.- Nunca volverás a ver el sol, Electra. Nosotras nos amontonaremos entre él y tú como una nube de langostas, y tú llevarás siempre la noche sobre la cabeza.

ELECTRA.- ¡Déjame! No me torturéis más.

ORESTES.- Es tu debilidad lo que les da su fuerza. Mira: conmigo no se atreven. Escucha: un horror sin nombre ha caído sobre ti y nos separa. Sin embargo, ¿qué has vivido tú que yo no haya vivido? Los gemidos de mi madre, ¿crees que dejaré de oírlos algún día? Y sus inmensos ojos..., dos mares turbulentos..., en su rostro blando como yeso, ¿crees que mis ojos dejarán de verlos nunca? Y la angustia que a ti te devora, ¿crees que a mí va a dejar de roerme, de socavarme? Pero no me importa: soy libre. Más allá de la angustia y de los recuerdos. Libre. Y de acuerdo conmigo mismo. No tienes que odiarte a ti misma, Electra. Dame la mano; no te abandonaré.

ELECTRA.- ¡Suelta! Esas perras negras alrededor me espantan, pero no tanto como tú.

ERINIA 1ª.- ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Verdad, muñequita? Te damos menos miedo que él, ¿verdad? Nos necesitas, Electra; eres nuestra hija. Necesitas nuestras uñas para hurgar en tu carne, nuestros dientes para morderte el pecho, nuestro amor caníbal para distraerte del odio que te tienes; necesitas sufrir en tu cuerpo para olvidar los sufrimientos de tu alma. ¡Ven! ¡Ven! Sólo tienes que bajar dos escalones; te recibiremos en nuestros brazos; nuestros besos desgarrarán tu carne frágil, y llegará el olvido, el olvido en el gran fuego puro del dolor.

Las ERINIAS.- ¡Ven! ¡Ven! (*Danzan muy lentamente, como para fascinarla. ELECTRA se levanta*)

ORESTES.- (*Cogiéndola por el brazo*) No vayas, te lo suplico; sería tu pérdida.

ELECTRA.- (*Desprendiéndose con violencia*) ¡Déjame! Te odio. (*Baja las gradas; las ERINIAS se arrojan sobre ella*) ¡Socorro!

(*Entra JÚPITER*)

ESCENA 20ª

Los mismos, JÚPITER.

JÚPITER.- ¡A la madriguera!

ERINIA 1ª.- ¡El amo! (*Las ERINIAS se apartan, pesarasas, dejando a ELECTRA tendida en el suelo*)

JÚPITER.- ¡Pobres muchachos! (*Avanza hacia ELECTRA*) Entonces habéis llegado a esto... La cólera y la piedad se disputan mi corazón. Levántate, Electra; mientras yo esté aquí, mis perritas no te harán ningún daño. (*La ayuda a levantarse*) ¡Qué rostro tan terrible! En una sola noche. ¡En una noche! ¿Dónde está aquella cara sana de campesina? En una sola noche, tu hígado, los pulmones, el bazo..., se han gastado, y tu cuerpo ya no es más que una gran miseria. ¡Ah! ¡Presuntuosa y loca juventud, cuánto daño te has hecho.

ORESTES.- Deja ese tono, buen hombre; le cuadra mal al rey de los dioses.

JÚPITER.- Y tú deja ese tono de orgullo... No le va bien a un culpable que expía su crimen.

ORESTES.- Yo no soy un culpable, y a ver cómo me haces tú expiar lo que yo no reconozco como un crimen.

JÚPITER.- Me parece que te engañas, pero paciencia; no te dejaré mucho tiempo en el error.

ORESTES.- Atórmame todo lo que quieras; no lamento nada de lo hecho.

JÚPITER.- ¿Ni siquiera la abyección en que tu hermana ha caído por tu culpa?

ORESTES.- Ni siquiera eso.

JÚPITER.- Electra, ¿lo estás oyendo? Y éste es el que decía quererte.

ORESTES.- La quiero más que a mí. Pero sus sufrimientos vienen de sí misma, y solamente ella puede destruirlos: es libre.

JÚPITER.- ¿Y tú? ¿Tú también eres libre quizá?

ORESTES.- Bien que lo sabes.

JÚPITER.- Mírate, criatura desvergonzada y estúpida: tienes buen aspecto, es verdad, ahí, resguardado en las faldas de un dios protector, con esas perras hambrientas asediándote. Si te atreves a pretender que eres libre, entonces habrá que ponderar la libertad del preso cargado de cadenas en el fondo de un calabozo y del esclavo crucificado.

ORESTES.- ¿Por qué no?

JÚPITER.- Mucho cuidado. Estás fanfarroneando porque Apolo te protege. Pero Apolo es mi obediente servidor. Basta con que yo levante un dedo para que él te abandone.

ORESTES.- ¿Y qué? Levanta el dedo, levanta la mano entera, anda.

JÚPITER.- ¿Para qué? ¿No te tengo dicho que me repugna castigar? He venido a salvaros.

ELECTRA.- ¿A salvarnos? Deja de burlarte, señor de la venganza y de la muerte, porque no está permitido, aunque sea a un dios, dar una esperanza engañosa a los que sufren.

JÚPITER.- En un cuarto de hora puedes estar fuera de aquí.

ELECTRA.- ¿Sana y salva?

JÚPITER.- Palabra de honor.

ELECTRA.- ¿Qué me pedirías a cambio?

JÚPITER.- Nada, hija mía.

ELECTRA.- ¿Nada? ¿He oído bien, dios bueno, dios adorable?

JÚPITER.- O *casi nada*... Lo que puedes darme con el menor esfuerzo: un poco de arrepentimiento. Nada más.

ORESTES.- Ten cuidado, Electra: esa nada pesará en tu alma como una montaña enorme.

JÚPITER.- (*A ELECTRA*) No le escuches. Mejor, contéstame: ¿cómo no ibas tú a retractarte de ese crimen? Si lo ha cometido otro... Apenas puede decirse que tú fueras su cómplice.

ORESTES.- ¡Electra! ¿Vas a renegar ahora de quince años de odio y de esperanza?

JÚPITER.- ¿Quién habla de renegar? Ella no quiso nunca este acto sacrílego.

ELECTRA.- ¡Ay!

JÚPITER.- ¡Vamos! En confianza... ¿Acaso yo no leo en los corazones?

ELECTRA.- (*Incrédula*) ¿Y lees en el mío que yo no quise este crimen? ¿Quince años soñando con el asesinato y la venganza?

JÚPITER.- ¡Bah! Esos sueños de sangre que te acunaban tenían una especie de inocencia: enmascaraban tu esclavitud, curaban las heridas de tu orgullo. Pero nunca pensaste realizarlos. ¿O me equivoco?

ELECTRA.- ¡Ah Dios mío, Dios mío querido, cómo deseo que no te equivoques!

JÚPITER.- Tú eres una muchachita, Electra. Las otras muchachas lo que desean es llegar a ser las más ricas o las más guapas de todas las mujeres. Y tú, fascinada por el atroz destino de tu raza, has deseado ser la más doliente, la más criminal. Nunca quisiste el mal: sólo quisiste tu propia desgracia. A tu edad, los niños juegan aún a las muñecas o al escondite; y tú, pobre niña, sin juguetes ni amigas, jugabas al asesinato porque es un juego al que se puede jugar sola...

ELECTRA.- ¡Ay! ¡Ay! Te escucho y veo claro en mí.

ORESTES.- ¡Electra! ¡Electra! Ahora te convierte en culpable. Lo que tú querías, ¿quién puede saberlo sino tú? ¿Vas a dejar que otro lo decida? ¿A qué deformar un pasado que ya no puede defenderse? ¿A qué renegar de la Electra irritada que tú has sido, de la joven diosa del odio a la que yo he querido tanto? Y qué, ¿no ves que ese dios cruel se burla de ti?

JÚPITER.- ¿Burlarme de vosotros? Escuchad, en cambio, lo que voy a proponeros: si os retractáis de vuestro crimen, os instalo a los dos en el trono de Argos. ¿De acuerdo?

ORESTES.- ¿En lugar de nuestras víctimas?

JÚPITER.- Claro.

ORESTES.- ¿Y yo me pondría los trajes, todavía tibios, del difunto rey?

JÚPITER.- Esos u otros; ¡qué más da!

ORESTES.- Sí, con tal que sean negros, ¿no es así?

JÚPITER.- ¿Acaso no estás de luto?

ORESTES.- De luto por mi madre; lo había olvidado... Y a mis súbditos también tendré que vestirlos de negro, ¿no es verdad?

JÚPITER.- Ya lo están.

ORESTES.- Es cierto. Dejémosles tiempo de gastar sus viejos trajes... ¿Qué tal? ¿Lo has comprendido, Electra? Si derramas algunas lágrimas, te ofrecen las faldas y las camisas de Clitemnestra, esas camisas malolientes y sucias que tú has lavado durante quince años con tus manos, ¿verdad? También te aguarda su papel; no tendrás más que seguirlo; la ilusión será completa; todo el mundo creerá que vuelve a ver a tu madre, porque ya has empezado a parecersele... A mí me da más asco; no, yo no me pondré los calzones de ese bufón al que he matado.

JÚPITER.- Galleas mucho tú; has matado a un hombre que no se defendía y a una vieja que pedía perdón; pero cualquiera que te oyera sin conocerte podría creer que has salvado tu ciudad natal luchando solo contra treinta.

ORESTES.- Puede que, en efecto, haya salvado mi ciudad natal.

JÚPITER.- ¿Tú? ¿Sabes tú lo que hay detrás de esa puerta? Los hombres de Argos, todos los hombres de Argos. Esperan a su salvador con piedras, horcas y garrotes para mostrarle su agradecimiento. Estás solo como un leproso.

ORESTES.- Sí.

JÚPITER.- Bueno..., no te enorgullezcas de eso. Es la soledad del desprecio y del horror...; ahí te han echado, ¡oh el más cobarde de los asesinos!

ORESTES.- El más cobarde de los asesinos es el que tiene remordimientos.

JÚPITER.- ¡Orestes! Yo te he creado y lo he creado todo: mira. *(Los muros del templo se abren. El cielo aparece, constelado de estrellas que giran. JÚPITER está al fondo del escenario. Su voz se ha hecho enorme: micrófono, pero a él apenas se le ve)* Mira esos planetas que dan vueltas en orden: nunca chocan. Soy yo quien ha regulado su curso, según la justicia. Oye la armonía de las esferas, ese enorme canto de gracias mineral que se refleja en las cuatro esquinas del cielo. *(Melodrama)* Por mí las especies se perpetúan; he ordenado que un hombre engendre siempre a un hombre y que la cría del perro sea un perro; por mí la suave lengua de las mareas viene a lamer la arena y se retira con horario fijo; yo hago crecer las plantas y mi soplo guía alrededor de la tierra las amarillas nubes del polen. Tú no estás en tu casa, intruso; tú estás en el mundo como el aguijón en la carne, como el cazador furtivo en el bosque señorial, porque el mundo es bueno; lo he creado yo según mi voluntad, y yo soy el Bien. Pero tu..., tú has hecho el mal, y las cosas te acusan con sus voces petrificadas; el Bien está por doquier, es la medula del saúco, el frescor de la fuente, el pedazo de sílex, la pesadez de la piedra; lo reencontrarás hasta en la naturaleza del fuego y de la luz; tu cuerpo mismo te traiciona, conformándose a mis prescripciones. El Bien está en ti y fuera de ti: te

penetra como una guadaña, te aplasta como un monte, te lleva y te arrastra como el mar; es él quien permite el éxito de tu mala empresa, porque él ha sido la claridad de las velas, la dureza de tu espada, la fuerza de tu brazo. Y ese Mal, del que tú estás tan orgulloso, del que dices ser autor, ¿qué es sino un reflejo del ser, un rodeo, una imagen engañosa cuya existencia misma está sostenida por el Bien? Vuelve en ti, Orestes: el universo te quita la razón y tú eres un insecto en su conjunto. Vuelve a la naturaleza, hijo desnaturalizado; conoce tu culpa, aborrécela, arráncala de ti como un diente cariado y maloliente. O teme que el mar se retire ante ti, que las fuentes se sequen en tu camino, que las piedras y las rocas rueden a tu paso y que la tierra se esterilice bajo tus pies.

ORESTES.- ¡Que se esterilice! Que hasta las piedras me condenen y las plantas se sequen cuando pase: todo tu universo no será bastante para quitarme la razón. Tú eres el rey de los dioses, Júpiter, el rey de las piedras y de las estrellas, el rey de las olas del mar. Pero no el rey de los hombres. *(Las murallas vuelven a juntarse. JÚPITER reaparece, cansado, encorvado; vuelve a su voz natural)*

JÚPITER.- ¿Que yo no soy tu rey, larva impúdica? ¿Quién te ha creado entonces?

ORESTES.- Tú. Pero no tenías por qué crearme libre.

JÚPITER.- Te he dado tu libertad para servirme.

ORESTES.- Puede; pero se ha vuelto contra ti, y ya no podemos hacer nada ni el uno ni el otro.

JÚPITER.- ¡Bueno! Esa es la excusa.

ORESTES.- No es una excusa.

JÚPITER.- ¿No? ¿Pues sabes que se le parece mucho esa libertad de la que tú te consideras esclavo?

ORESTES.- Yo no soy ni el amo ni el esclavo, Júpiter. ¡Yo soy mi libertad! Apenas me creaste, dejé de pertenecerte.

ELECTRA.- Por nuestro padre, Orestes, te conjuro a que no unas la blasfemia al crimen.

JÚPITER.- Oye lo que te dice. Y pierde la esperanza de llevarla por tus razones; ese lenguaje parece demasiado nuevo para sus oídos y demasiado chocante.

ORESTES.- También para los míos, Júpiter. Y para mi garganta que suelta las palabras y mi lengua que las modela al pasar; me cuesta trabajo comprenderme. Ayer mismo todavía tú eras un velo ante mis ojos, un tapón de cera en mis oídos; ayer sí que tenía una excusa: tú eras mi excusa de existir, porque me habías echado al mundo para servir tus designios, y el mundo era una vieja alcahueta que me hablaba sin cesar de ti. Y luego me has abandonado.

JÚPITER.- ¿Abandonarte yo?

ORESTES.- Ayer estaba junto a Electra; toda tu naturaleza se apretaba a mi alrededor; cantaba como una sirena del Bien y me prodigaba sus consejos. Para incitarme a la dulzura, el día ardiente se volvía suave, así como se vela una mirada.; para predicarme el olvido de las ofensas, el cielo se había puesto apacible

como un perdón... Mi juventud, obedeciendo a tus órdenes, se había levantado, se mantenía en pie delante de mis ojos, suplicante como una novia que uno va a abandonar: estaba viendo por última vez mi juventud. Pero, de pronto, la libertad se abalanzó sobre mí y me dejó pasmado; la naturaleza dio un salto atrás, y ya no tenía edad, y me he sentido solo en medio de tu mundillo, tan benigno, como alguien que hubiera perdido su sombra; y entonces ya no ha habido nada en el cielo, ni Bien, ni Mal, ni quien me diera órdenes.

JÚPITER.- ¿Y qué? ¿Debo admirar a la oveja a la que la sarna aparta del rebaño o al leproso encerrado en su lazareto? Acuérdate, Orestes: tú has formado parte de mi rebaño, pacías la hierba de mis campos en medio de mis otras ovejas. Tu libertad no es más que una sarna que te pica; nada más que un exilio.

ORESTES.- Dices bien: un exilio.

JÚPITER.- El mal no es tan profundo: data de ayer. Vuelve entre nosotros. Vuelve; mira qué solo estás; hasta tu hermana te abandona. Estás pálido y la angustia dilata tus ojos. ¿Eso es vivir? Estás ya raído por un mal inhumano, extraño a mi naturaleza, extraño a ti mismo. Vuelve; yo soy el olvido, soy el reposo.

ORESTES.- Extraño a mí mismo, ya lo sé. Fuera de la naturaleza, contra natura, sin excusa, sin más recursos que en mí mismo. Pero no voy a volver bajo tu ley: estoy condenado a no tener otra ley que la mía. No volveré a tu naturaleza; mil caminos hay trazados en ella y todos conducen a ti, pero yo no puedo seguir más que el mío. Porque soy un hombre, Júpiter, y todo hombre debe inventar su propio camino. La naturaleza siente horror por los hombres, y tú, soberano de los dioses, también.

JÚPITER.- No mientes: cuando se te parecen, los odio.

ORESTES.- Ten cuidado: acabas de confesar tu debilidad. Yo no te odio. ¿Qué tengo yo de ti? Nos deslizaremos el uno junto al otro, sin tocarnos, como dos navíos. Tú eres un dios y yo soy libre: estamos parecidamente solos y nuestra angustia es parecida. ¿Quién te dice que yo no haya buscado el remordimiento durante esta larga noche? El remordimiento. El sueño. Pero yo no puedo tener remordimientos. Ni dormir. *(Un silencio)*

JÚPITER.- ¿Qué piensas hacer?

ORESTES.- Los hombres de Argos son mis hombres. Tengo que abrirles los ojos.

JÚPITER.- ¡Pobre gente! Vas a regalarles la soledad y la vergüenza; vas a arrancarles los lienzos con los que yo los había cubierto y les mostrarás de pronto su existencia, su obscena e insulsa existencia, que se les dio para nada.

ORESTES.- ¿Por qué rehusarles la desesperanza que hay en mí, tocándoles su parte?

JÚPITER.- ¿Qué van a hacer con ella?

ORESTES.- Lo que quieran; son libres, y la vida humana comienza al otro lado de la desesperanza. *(Un silencio)*

JÚPITER.- En fin, Orestes, esto estaba previsto. Un hombre tenía que venir que anunciara el crepúsculo de los dioses. ¿Eres tú, entonces? ¿Quién lo hubiera dicho ayer, mirando tu rostro de muchacha!

ORESTES.- ¿Y yo mismo? ¿Lo hubiera dicho yo? Las palabras que digo son demasiado grandes para mi boca; la desgarran. El destino que asumo es demasiado pesado para mi juventud; la ha roto.

JÚPITER.- No te quiero apenas y, sin embargo, me das lástima.

ORESTES.- Tú también a mí.

JÚPITER.- Adiós, Orestes. *(Da algunos pasos)* En cuanto a ti, Electra, piensa en esto: mi reino no ha terminado aún, sea como sea, y no quiero abandonar la lucha. Mira si estás conmigo o contra mí. Adiós.

ORESTES.- Adiós.

(JÚPITER sale)

Los mismos, menos JÚPITER.

(ELECTRA se levanta lentamente)

ORESTES.- ¿Adónde vas?

ELECTRA.- Déjame. No tengo nada que decirte.

ORESTES.- Te conozco desde ayer, ¿y ya tengo que perderte para siempre?

ELECTRA.- Ojalá no te hubiera conocido nunca.

ORESTES.- ¡Electra! ¡Hermana mía, mi querida Electra! Mi único amor, la única dulzura de mi vida, no me dejes tan solo, quédate conmigo.

ELECTRA.- ¡Me has robado! Yo no tenía casi nada mío; un poco de calma y algunos sueños. Todo te lo has llevado; has robado a una pobre. Eras mi hermano, el señor de nuestra familia; tenías que protegerme; pero me has hundido en la sangre; estoy roja como un buey degollado; ¡todas las moscas detrás de mí, voraces y mi corazón es una colmena horrible!

ORESTES.- Amor mío, es verdad, me he llevado todo lo tuyo y no tengo nada que darte, nada más que mi crimen. Pero es un inmenso presente. ¿Crees que no me pesa en el alma como plomo? Éramos demasiado ligeros, Electra; ahora nuestros pies se hunden en la tierra como las ruedas de un carro por el barrizal. Ven, nos marcharemos con pasos pesados, fuertes; con la espalda curvada bajo nuestro precioso fardo. Dame la mano y nos iremos...

ELECTRA.- ¿Adónde?

ORESTES.- No lo sé; hacia nosotros mismos. Al otro lado de los ríos y de las montañas hay un Orestes y una Electra que nos aguardan. Habrá que buscarlos con paciencia.

ELECTRA.- No quiero oírte más. No me ofreces más que la desgracia y el asco. *(Sale del seguro. Las ERINIAS se acercan lentamente)* ¡Socorro! Júpiter, rey de los dioses y de los hombres, rey mío, tómame en tus brazos, llévame, protégame. Yo seguiré tu ley, seré tu

esclava o cualquier cosa; besaré tus pies y tus rodillas. Defiéndeme contra las moscas, contra mi hermano, contra mí misma; no me dejes sola; consagraré toda mi vida a la expiación. Me arrepiento, Júpiter, me arrepiento.

(Sale corriendo)

ESCENA 22ª

ORESTES, las ERINIAS.

(Las ERINIAS hacen un movimiento para seguir a ELECTRA. La ERINIA 1ª las detiene)

ERINIA 1ª.- Dejadla, hermanas; se nos escapa. Pero nos queda éste, y para mucho, creo, porque su almita es dura de roer. Sufrirá por dos. *(Las ERINIAS zumban y se acercan a ORESTES)*

ORESTES.- Estoy completamente solo.

ERINIA 1ª.- No, ¡oh el más agraciado de los asesinos!, te quedo yo, y verás qué juegos invento para distraerte.

ORESTES.- Estaré solo hasta la muerte. Luego...

ERINIA 1ª.- Ánimo, hermanas; desfallece. Mirad: sus ojos se agrandan; pronto sus nervios vibrarán como las cuerdas de un arpa bajo los arpegios exquisitos del terror.

ERINIA 2ª.- Pronto el hombre lo echará de su asilo; saborearemos su sangre antes de la noche.

ORESTES.- ¡Pobre Electra!

(Entra el PEDAGOGO)

ESCENA 23ª

ORESTES, las ERINIAS, el PEDAGOGO.

PEDAGOGO.- ¡Eh, señor!, ¿por dónde anda? No se ve ni gota. Le traigo algo de comer; estas gentes de Argos tienen sitiado el templo y no puede ni soñar con salir ahora; esta noche intentaremos huir. Mientras tanto, coma algo. *(Las ERINIAS le cortan el paso)* ¿Eh? ¿Quiénes son éstas? ¿Más supersticiones? ¿Cuánto me acuerdo de la dulce Ática, donde era mi razón la que tenía razón!

ORESTES.- No intentes acercarte. Te comerían vivo.

PEDAGOGO.- Poco a poco, guapas. Tomad, coged esta carne y estas frutas, si es que mis ofrendas pueden calmaros.

ORESTES.- ¿Dices que los hombres de Argos están frente al templo?

PEDAGOGO.- ¡Que si están! Y no sabría decirle quiénes son peores..., más feos y más encarnizados en perjudicarlo..., si estas guapas muchachas de aquí o sus queridos súbditos.

ORESTES.- Está bien. *(Una pausa)* Abre esa puerta.

PEDAGOGO.- ¿Está loco? Están ahí detrás, con armas.

ORESTES.- Haz lo que digo.

PEDAGOGO.- Por esta vez tendrá que autorizarme a desobedecerle. Lo matarían a pedradas, ya le digo.

ORESTES.- Yo soy tu amo, viejo, y te mando que abras esa puerta. *(El PEDAGOGO entreabre la puerta)*

PEDAGOGO.- ¡Oh, ay, ay!

ORESTES.- ¡De par en par!

(El PEDAGOGO abre la puerta y se oculta detrás de una de las hojas. La muchedumbre empuja violentamente las dos y se para, suspensa, en el umbral. Luz muy viva)

ESCENA 24ª

Los mismos, la MUCHEDUMBRE.

GRITOS.- ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Lapidadlo! ¡Descuartizadlo! ¡A muerte!

ORESTES.- *(Sin oírlos)* ¡El sol!

MUCHEDUMBRE.- ¡Sacrilego! ¡Asesino! ¡Carnicero! Te vamos a descuartizar. Te echaremos plomo fundido en las heridas.

Una MUJER.- Te voy a arrancar los ojos.

Un HOMBRE.- Vamos a comerte los hígados.

ORESTES.- *(Se ha erguido)* ¿Sois vosotros, queridos súbditos míos? *(La muchedumbre gruñe, turbada)* Yo soy Orestes, vuestro rey, el hijo de Agamenón, y este es el día de mi coronación. *(La muchedumbre no grita)*

¿Ya no gritáis? Ya sé: os doy miedo. Hace quince años, día por día, otro asesino se puso ante vosotros; llevaba guantes rojos hasta los codos, guantes de sangre, y vosotros no tuvisteis miedo de él porque leísteis en sus ojos que era de los vuestros y que no tenía el valor de sus actos. Un crimen que su autor no puede soportar se convierte en el crimen de nadie, ¿no es verdad? Es casi un accidente. Acogisteis al criminal como rey vuestro, y el viejo crimen se puso a vagabundear entre los muros de la ciudad, gimiendo dulcemente como un perro que ha perdido a su amo. Me miráis, gentes de Argos; habéis comprendido que mi crimen es verdaderamente mío; yo lo reivindicó a la luz del sol; es mi razón de vivir y mi orgullo; vosotros no podéis ni castigarme ni querellaros contra mí; y os doy miedo por eso. Y, sin embargo, oh hombres, os quiero y he matado por vosotros. Por vosotros. Yo había venido a reclamar mi reino y vosotros me rechazabais porque no era de los vuestros. Ahora soy de los vuestros, oh súbditos míos; estamos ligados por la sangre y merezco ser vuestro rey. Vuestras faltas y vuestros remordimientos, vuestras angustias nocturnas, el crimen de Egisto, todo es mío, lo acojo todo sobre mí. No temáis ya nunca a vuestros muertos; son *mis* muertos. Y mirad: vuestras fieles moscas os han abandonado por mí. Pero no tengáis miedo, gentes de Argos: yo no voy a sentarme, ensangrentado, en el trono de mi víctima; un dios me lo ha ofrecido y he dicho que no. Yo quiero ser un rey sin tierra y sin súbditos. Adiós, hombres míos; intentad vivir. Todo es nuevo aquí, todo está por empezar. Para mí también comienza la vida. Una extraña vida. Escuchad una cosa aún: un

verano, Scyros fue infestado por las ratas. Era una horrible lepra; lo roían todo; y los habitantes de la ciudad creyeron morir. Pero cierto día llegó un flautista. Se colocó en el corazón de la ciudad así. (*Se pone en pie*) Se puso a tocar la flauta y todas las ratas vinieron a apretarse alrededor de él. Después echó a andar a largas zancadas, así (*Baja del pedestal*), gritando a las gentes de Scyros: «¡Apartaos!» (*La muchedumbre se aparta*) Y todas las ratas levantaron la cabeza, vacilantes, como hacen las moscas. ¡Mirad! ¡Mirad las moscas! Y entonces, de pronto, se precipitaron sobre sus huellas. Y el flautista, con sus ratas, desapareció para siempre. Así...

(*Sale. Las ERINIAS se arrojan detrás de él dando alaridos*)

TELÓN.